

La Ilustración



Artística

JOSÉ A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAV.

AÑO XXII

BARCELONA 2 DE NOVIEMBRE DE 1903

Núm. 1.140



BARCELONA.— PANTEÓN EN EL CEMENTERIO DEL SO.

Proyectado por el arquitecto D. Leandro Albareda y construído por los Sres. Ventura Hermanos

SUMARIO

Texto.—Crónica de teatros, por Zeda. — *La noche de ánimas*, por J. Menéndez Agusty. — *Arte funerario*. — *Esculturas de F. Metzner*. — *El ideal*. Cartas de una mujer, por Emilio Dugi. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Por el amor*, novela ilustrada (continuación). — *Crónica científica*. *Inventos y novedades*, por Al'ler-Will. — Libros, periódicos y revistas recibidos.

Grabados. — *Barcelona. Panteones*. — Dibujo de Triadó para el artículo *La noche de ánimas*. — *Sepulcro*. — *La Ciencia*. — *La Fe*. — *Urna cineraria*, obras de F. Metzner. — *Retrato de la Sra. X*, pintado por F. Klein. — *¿Se atreverá?*, cuadro de Llimona. — *Regreso de la guerra*, cuadro de Pla y Rubio. — *Monseñor Merry del Val*. — *Buenos Aires. Medalla conmemorativa*. — *Parque de bomberos de Londres*. — *Fogonero automático*. — *Horno ideal de cocina*. — *Extracción de la resina de los pinos*.

CRÓNICA DE TEATROS

Entre las mujeres galantes más famosas del siglo XVIII brilló en París, que entonces, como ahora, no tenía quien pudiese hacerle competencia en punto á aventureras, la célebre Adriana Lecouvreur, cortesana y actriz de la Comedia francesa. Su origen fué humilde (su padre era sombrerero); pero su talento y su gracia, más que su hermosura, hicieron que fuese codiciada por muchos grandes señores de su tiempo. A varios otorgó sus favores; pero á nadie amó con la vehemencia que al príncipe Mauricio de Sajonia, aspirante al ducado de Curlandia. A fin de ayudarle en la empresa de conquistar su corona, Adriana le entregó todo su dinero y sus mejores joyas. Pero Mauricio, enamorado y versátil, no fué tan fiel á su amante como ella hubiera deseado. La cómica hubo de enterarse de que su galán tenía amores íntimos con la princesa de Buillon, y por su parte la gran dama, celosa de la actriz, ideó, para deshacerse de ella, enviarle un ramo de flores envenenadas. Adriana aspiró el aroma de las flores y murió en el apogeo de su gloria y á los treinta y siete años de edad.

Estos hechos, rigurosamente históricos, sirvieron á Legouvé y Scribe para escribir el célebre drama *Adriana Lecouvreur*, que en París obtuvo cuando se estrenó, á mediados del siglo XIX, un señalado triunfo y que todavía forma parte del repertorio de las grandes actrices modernas.

El teatro de la Princesa inauguró noches pasadas la temporada de invierno con la representación del célebre drama, casi desconocido de la presente generación. La obra no llegó á entusiasmar al público. Y fué natural que así sucediese. A todo alcanzan las veleidades de la moda, y el teatro, más que ningún otro género literario, está sujeto á su influencia. Lo que se llevaba en el año cincuenta del siglo pasado, nos parece hoy extraño y hasta ridículo. Imagínese, por ejemplo, lo que sucedería si un hombre, aunque su figura fuese la de un Apolo, saliese hoy á la calle con frac azul, pantalón de hebillas y chistera de medio metro de altura. Este traje tan elegante á mediados del último siglo, ¿no nos parecería ahora extravagante y grotesco? Pues algo así sucede con las comedias: las que conmovían y hacían llorar á nuestros padres, nos parecen actualmente pueriles, ñoñas y sensibleras; los recursos teatrales y los efectos que entonces asombraban, al presente los tenemos como viejos y gastados, y hasta lo que entonces eran bellezas de estilo, ahora son para nosotros adornos descoloridos y anticuados. ¿Es que lo de hoy es mejor que lo de entonces? No me atrevere á afirmarlo. Lo que sí puede asegurarse es que ha cambiado la moda.

Pero aunque en lo puramente formal, en los procedimientos y adornos, el drama de Legouvé y Scribe ha envejecido, hay en él algo permanente que resiste al tiempo, y es el carácter de Adriana. Acontece con todos los seres realmente apasionados del arte, que éste absorbe por completo su vida, de tal modo que sus amores, sus alegrías, sus inquietudes, hasta sus dolores más crueles, todo se convierte en materia artística. Así es Adriana: en los momentos en que es más vehemente su pasión, cuando más violentos son sus celos y más agudos sus dolores, vienen á sus labios los versos de los poetas por ella interpretados; se olvida de sí misma y se trueca en Phedra, en Roxana, en alguna de las heroínas á las que ha dado vida escénica.

María Tubau, que es también artista, ha sabido asimilarse el alma de Adriana y ha obtenido con este papel un triunfo, tanto más de estimar cuanto que la comedia de Legouvé y Scribe, como ya he dicho, resulta en general bastante envejecida.

En cuanto á la compañía de que es principal figura la señora Tubau, he de decir en justicia que se resiente, como todas las que funcionan en Madrid, de falta de conjunto. Hay en ella, es cierto, actrices

tan estimables como la señora Roca, que en *Adriana Lecouvreur* hizo muy bien el papel de princesa de Buillon, y actores tan expertos como Amato.

Lo que digo de la compañía de la Princesa puede hacerse extensivo á la de la Comedia que desde el día 22 de octubre funciona en su teatro, después de haber obtenido honra y provecho en Montevideo y Buenos Aires. Cuenta esta compañía, en primer término, con Rosario Pino, actriz que á fuerza de talento y de estudio ha logrado ocupar uno de los primeros puestos en la escena española; con Balaguer, recién llegado también de América, en donde ha conseguido, como antes en España, legítimos triunfos; con la Bremón, la Catalá, la Alverá, Ortega, Tallaví..., todos conocidos ventajosamente del público madrileño. Esto es verdad; mas también lo es que á pesar de tan valiosos elementos y juzgando por la primera obra representada, no hay entre ellos la debida cohesión artística, ni en algunos la flexibilidad que exige el arte escénico.

Elegió la empresa de este teatro para función inaugural la comedia de Lope de Vega *La discreta enamorada*, y es lo cierto que no pudo elegir peor, si quería mostrar con ella las cualidades de la compañía. En general, los actores de la Comedia, acostumbrados á representar el *vaudeville* y las obras de los escritores modernos, no cuentan, excepción hecha de la Pino, ni de lejos siquiera, con la manera de declamar propia de nuestro teatro clásico. Las calzas, ropillas, golas, guardainfantes, polleras y mantos no se han hecho para ellos; tampoco brotan con la debida fluidez de sus labios, acostumbrados á la prosa de las traducciones al uso, la galana versificación de nuestros escritores famosos. Esto que aquí digo se evidenció con la representación de *La discreta enamorada*, de Lope. Solamente Rosario Pino nos dió idea con su arte exquisito de lo que debió de ser la declamación tan celebrada de la Riquelme, la Berón, la Vaca y otras famosas comediantes del siglo XVII.

La discreta enamorada pertenece á las comedias de costumbres de aquella época, llamadas de capa y espada. Su argumento, como el de tantas otras del mismo ingenio, es muy poco edificante. Belisa, viuda verde, tiene una hija llamada Fenisa que arde en amores por cierto galán de nombre Lucindo. La tal Fenisa no perdona medio para atraerse al susodicho mozo, que distraído en amorosos devaneos con cierta mujer alegre de cascos llamada Gerarda, ni siquiera ha reparado en la discreta enamorada. Por fortuna para Fenisa, el padre del mancebo, prendado de ella, se presenta á pedir su mano, y con tal motivo empiezan las tretas y maniobras de la astuta doncella, que logra declarar su pasión á Lucindo sirviéndose del padre como de correo inconsciente para sus embajadas y solicitudes. Ella lo rodea de modo que el galán acaba por amarla, y ya puestos de acuerdo Fenisa y Lucindo para hablar y verse á su sabor, hacen creer á Belisa que el galán bebe los vientos por ella y que piensa hacerla su esposa, con lo cual la casquivana viuda se pone loca de contento. El enredo crece con los embustes de Gerarda, la antigua amante de Lucindo, hasta que Belisa mete en su habitación al capitán, tomándole por Lucindo, mientras éste pasa la noche en el aposento de Fenisa. Al cabo todo se descubre, y el viejo se casa con la viuda y el mozo con la discreta enamorada.

Esta acción da lugar á pasos y lances más cómicos que verosímiles, y en los cuales se muestra que si las costumbres eran en el siglo XVII como las que se pintan en *La discreta enamorada*, más tenían de libres y desenvueltas que de honestas y recatadas.

Tomás Luceño, admirador entusiasta del teatro antiguo, de cuyas comedias ha refundido no pocas, ha arreglado *La discreta enamorada*, respetando el plan, los caracteres y las principales situaciones de la obra; pero introduciendo en el diálogo chistes, donaires, vocablos y giros que ni se le ocurrieron ni pudieron ocurrírsele á Lope. La principal dificultad de las refundiciones consiste en que no se conozcan ó se conozcan poco los zurcidos.

Yo no sé si es porque el público está ya hasta por encima de los pelos de los desatinos del género chico, ó porque se siente influido por la campaña que casi toda la prensa ha emprendido contra los que supone acaparadores del teatro; pero sea por lo que fuese, es el hecho que no se estrena obrilla en un acto que no sea silbada y bastoneada estruendosamente... De aquí á los tronchos y otras armas arrojadas de antaño, no hay más que un paso.

Las últimas gritas las han disfrutado *El parador de las golondrinas*, estrenado en la Zarzuela, y una quisicosa titulada *El vals de las olas*, que se estrenó

una de las últimas noches en el teatro Cómico. La zalagarda que se armó en el antiguo salón de Capellanes la noche del *vals* fué de las que hacen época. Tampoco fué floja la que se armó en el teatro de Jovellanos con motivo de la primera representación de *El parador de las golondrinas*. Pertenece esta obrilla al género, más que aburrido, insoportable, de los melodramas comprimidos: hay allí charras y charrros que hablan con la afectación y cursilería de un negro catedrático; pastores que pronuncian declamatorios discursos y posaderas melancólicas y redichas. Toda esa gente interviene en una acción deshilvanada y fría, que el público aguantó hasta el final con relativa tolerancia, gracias á unos cuantos números de música (de Vives), entre los cuales descuella un hermoso dúo de tiple y barítono. ¡Lástima de música!

A pesar de haber sido rechazado tan ruidosamente como queda dicho *El parador de las golondrinas* y de haber sufrido igual suerte, según mis noticias, las noches siguientes á la del estreno, continúa todavía en los carteles y quizás llegue al número ciento, que á este número y á otros más altos han llegado zarzuelas tan silbadas y bastoneadas como *El parador de las golondrinas*.

Cuando estos renglones se publiquen habrá abierto ya sus puertas el Español, con lo cual no habrá en Madrid más teatro cerrado que el de la calle de la Primavera; porque el de Eslava, que hasta ahora no funciona, está ya en vísperas de abrirse. Por falta de sitios donde distraer el ánimo no podemos quejarnos. Madrid tiene hoy, en proporción con sus habitantes, doble número de teatros que París. Lo malo es que en esto pasa lo mismo que en las carreras de caballos, y no lo digo por los caballos blancos: todos arrancan con mucho brío, pero son pocos los que llegan á la meta.

Los barrios bajos de la corte tienen también su «coliseo», llamado de Novedades, situado en la plaza de la Cebada, centro ayer de la manolera y hoy de lo más castizo que la villa conserva en punto á su población «indígena». El género que siempre ha dominado en aquel teatro, poco más pequeño que una plaza de toros, es el melodramático. Aquel es el lugar más apropiado para esos dramas de ocho ó diez cuadros en que el personaje virtuoso pasa las de Caín por culpa del traidor, pillo redomado que á la fin y á la postre acaba de mala manera en justo castigo á su perversidad, con aplauso del respetable público. Allí se oye en los momentos más culminantes, cuando el traidor va, pongo por caso, á envenenar á la dama, gritos de amenaza al criminal ó ingenuas advertencias á la actriz: «¡No bebas!» Allí, en fin, el pueblo á quien divierte lo horrible y tumultuoso, goza viendo morir hasta el apuntador.

Bien entienden los empresarios que este año han tomado el teatro de Novedades los gustos y aficiones del público que pretenden atraer. La lista sólo de los títulos de los dramas que han de estrenarse pone los pelos de punta. La primera obra de la temporada ha sido *El loco Dios*, drama de D. José Echegaray, en el cual drama, como es sabido, mueren todos los personajes en medio de las llamas. Con tales comienzos calcúlese cómo serán los fines.

Por mi parte muy buenos se los deseo á los señores Robles y Hompanera, primeros actores de la compañía de Novedades.

Para terminar este artículo, que bien pudiera titularse *Inauguraciones*, he de decir cuatro palabras acerca de la que el Español tiene anunciada, y que se habrá verificado ya cuando se publiquen los presentes renglones. Se estrenará aquella noche la refundición del drama de Lope *Fuenteovejuna*, uno de los mejores ó quizá el mejor de los que escribió «el monstruo de la naturaleza» y de los más grandiosos que ha producido la dramática nacional.

He asistido á los ensayos, y declaro sinceramente que en ninguna otra obra de teatro de las que conozco vibra con mayor energía el alma nacional, ni se presenta con más épica grandeza la indignación y justa cólera de un pueblo.

Fernando Mendoza ensaya la obra con la escrupulosidad artística y con la constancia á prueba de fatigas de que tantas muestras tiene dadas. Dudo yo que nunca se le haya rendido igual ni remotamente parecido homenaje á Lope que el que le ofrece el director del Español realizando con los primores de una ejecución irreprochable, de una *mise en scene* esmeradísima, de un vestuario lujosísimo, la obra inmortal del Fénix de los ingenios.

Así se enaltece el arte; así se pone al pueblo en contacto con sus glorias y se despierta su amor patrio



LA NOCHE DE ÁNIMAS DE DON JUAN

D. Juan comió poco aquella noche. Habíale vuelto frugal la falta de apetito, y ante los manjares complicados y los vinos deleitosos con que le iban llenando la mesa, sentía una dolorosa repugnancia y entrábanle en deseo las verduras sencillas, el agua fresca y el pan moreno. Tampoco habló grande cosa, y eso que su fiel mayordomo tocó todas las teclas que solían gustar al amo y aun alguna que hacía mucho tiempo no sonaba en aquel recinto austérrimo, la cual no era otra que la del amor. D. Juan contestó á todo con una sonrisa pensativa, y como el criado persistiese en alegrarle con amenas conversaciones, hízole al fin un agrio gesto y le obligó á callar. Servido el café, quedóse D. Juan solo en el gabinete.

Tres enormes leños ardían en la descomunal chimenea colorando de rojo los oscuros cortinones, las sillas de nogal y cuero, el zócalo de las paredes... El inquieto llamear fingía sombras tenebrosas detrás de los muebles, figuras diabólicas, escorzos grotescos. Cuando arreciaba el viento y tiraba de las llamas, dijérase que todo el hogar ascendía al tejado en una columna incandescente, rígida y mugidora; pero pasaba la ráfaga, amainaba el temporal, y otra vez volvían á quemarse los leños apaciblemente, con lento chisporroteo, bailando sobre ellos las llamas y haciendo bailar al gabinete, á su robusto mobiliario y á las macabras sombras.

D. Juan trasladóse á una butaca colocada junto al hogar, tendió las piernas, ya reumáticas y vacilantes, sobre una silla destinada á esta triste comidad y se dispuso á fumar su cigarro de sobre mesa, al que dedicaba durante una hora la solícita atención de un viejo sibarita. Pero aquella noche debía estar el pensamiento de D. Juan lejos de su cigarro, por cuanto apenas lo encendió, quedóse mirando al techo y le dejó que se apagara; tornó á encenderlo y tornó á olvidarse de él, y á la postre, encontrándole insubstancial y molesto, lo arrojó con rabia á la lumbre y se levantó briosamente, como si de pronto resucitases en su cuerpo las muertas energías juveniles.

Los leños comenzaban á pasarse; la mitad de la habitación dormía ya á la sombra de los altos sillones; el zócalo de las paredes iba obscureciéndose... D. Juan abrió los postigos de su balcón y miró al espacio. Densas nubes discurrían por él, blancuzcas como el agua enjabonada de un lavadero, y por los desgarrones que el aire les hacía, veíase de rato en rato un pedazo de cielo negro sembrado de estrellas. A la izquierda mecíase el bosque desnudo y sombrío; á la derecha se columbraba la carretera, llena de lodo, con hondos charcos que brillaban opacamente. Detrás de la casa oyóse el aullido trágico de un perro venteando la muerte. D. Juan hizo un mohín de susto, abandonó el balcón y volvióse cerca de la lumbre, cerrando los ojos para obligar al sueño. Al cabo de cinco minutos tuvo que abrirlos; los nervios le dominaban produciéndole alucinaciones y trágicas ideas. Unas veces creía sentir á su espalda ruido de pasos cautelosos, otras le acariciaba el rostro un hálito finísimo. Aquella noche, que después de todo no tenía otra cosa de particular que la de ser la noche de ánimas, habíale puesto taciturno y miedoso, como si presintiese alguna malaventura.

Levantóse de nuevo y miró á su alrededor con medrosa desconfianza. El gabinete seguía ensombreciéndose, sin más luz que la moribunda de los leños. Un escalofrío de miedo agitó el cuerpo de D. Juan, y con rápido paso, sin mirar á su espalda, abrió una puerta y entró en su dormitorio. Arística lámpara de noche le iluminaba tristemente y daba al lecho una blancura marmórea. Quizá fuera ilusión, pero D. Juan creyó ver en ella su propia sepultura vestida de albos atavíos... Abrió otra puerta y salió al corredor. Grandes cuadros adornaban las paredes; en un ángulo dormía la imagen de Venus Citerea; dos soberbias panoplias guardaban la entrada del salón de recepciones. D. Juan entró en él. Sobre un velador japonés ardían las cinco bujías de un candelabro antiguo, y su luz apacible tendía sobre el suelo una mancha rojiza de escasa intensidad, dejando á oscuras la mayor parte del salón. Los muebles carecían de forma; las colgaduras se mejaban fantasmas adosados al muro. D. Juan miró al fondo, donde debía encontrarse el clásico estrado, y no le vió. Como las tinieblas dan á todo la vaguedad de lo infinito, el noble señor figuróse que la vasta pieza no tenía fin y que sus paredes laterales iban á perderse en las tinieblas de la noche.

Volvió á sentir miedo y ganas de andar, de huir de sí mismo, corriendo mucho, hasta que se rindiesen las piernas y se durmiese la imaginación. Las bujías parecían arder con una luz blanquísima, casi lívida, y todos los objetos á que alcanzaba tenían el mismo cadavérico tinte. Al pasar ante un espejo, creyó D. Juan que pasaba un espectro con bata y zapatillas. Los escasos cabellos se le pusieron de punta, y abandonando el salón, regresó al pasillo y atravesó una especie de antesala.

Seis ó siete lamparillas lucían en un gran vaso lleno de agua y aceite ante un cuadro que representaba á la Virgen del Carmen rodeada de pecadores en actitud suplicante. Una criada sesentona rezaba entre dientes, dormitando con un rosario entre los dedos. Al sentir los pasos de D. Juan levantóse asustada y respetuosa.

— Siga, siga, díjole el señor indicándola con el ademán que se sentase.

La vieja volvió á su rezo y D. Juan prosiguió su camino, cada vez más nervioso, más intranquilo y siniestro. Quería recorrer la casa entera, saciarse de terror, padecer todas las apariciones, delirar, volverse loco, á ver si de una vez para siempre le abandonaba aquella fiebre pavorosa que de repente le había acometido. Tenía miedo, sí, y sentía implacable el aguijón del remordimiento; pero no debía sucumbir ni ante el uno ni ante el otro: su espíritu altivo exigíale entereza, valor, escepticismo. Los muertos no salen de sus ataúdes. Mas como el terror persistía y los remordimientos apretaban, dióse á correr de habitación en habitación, metiéndose en los sitios más oscuros, recreándose en la contemplación de los más tétricos detalles, con las piernas firmes y los puños apretados, decidido á imponerse á su terror, á encadenarlo y destruirlo. ¡Bonito estaría y de glorioso timbre sirviera á su historia que fuese el pavor quien triunfase en aquella lucha entre la voluntad y la conciencia! D. Juan tenía que ser siempre D. Juan, sin decadencias ni mixtificaciones.

Y ocurrió que de sala en sala, de pasillo en pasillo, desafiando al miedo con la milagrosa agilidad

de sus piernas reumáticas, fué á parar al piso más alto del caserón, donde dormían el sueño del olvido, bajo un sudario de polvo y telas de araña, la juventud de D. Juan y aun algo de la niñez.

La estancia aquella ocupaba casi toda el área del edificio y estaba á trechos á cielo raso y á trechos á teja vana. Las paredes eran ya negras, con largos surcos amarillentos causados por las goteras que el tiempo y la lluvia fueron abriendo en el tejado, y el pavimento lo formaba una gruesa capa de tierra endurecida que debieron ir acumulando los sucesivos trasiegos de muebles, sacos de trigo y cebada y cargas de yeso que solían almacenarse en vísperas de reformas importantes, con lo cual bien podemos ahorrarnos decir que el desván en cuestión servía para todo.

Entre los diferentes trastos que desde varios años ha descansaban tranquilamente de sus domésticas campañas, había dos ó tres arcones de caoba, donde el cuidado de algún fámulo hacendoso puso á salvo de la rapiña ó de la negligencia juguetes, libros, útiles de casa y hasta vestidos de D. Juan pertenecientes á la época en que aún no usaba el don. De los juguetes, algunos estaban perniquebrados, otros permanecían en relativo buen uso, un poquito oxidados, pálida la pintura ó rota alguna rueda de escasa importancia; los libros eran de texto, toda la adolescencia estudiosa de D. Juan; los útiles de casa hallábanse roñosos y renegridos; los trajes estaban medio apolillados, y su forma y adornos, irreprochables en su tiempo, eran ahora ridículos y movían á risa...

Al entrar D. Juan en esta habitación suspiró con visible cansancio. Luego puso en el suelo la luz de que se había servido durante su carrera por el caserón y sentóse en una silla. Dos ó tres ratas corrieron asustadas á refugiarse en sus guaridas. Un escarabajo monumental paseábase muy despacio por el suelo, llegó hasta los pies de D. Juan, y enterándose sucesivamente de lo que significaban aquellos aparatos zapatillescos desconocidos para él, tomó otro rumbo y desapareció debajo de los arcones. El viento cedía poco á poco y las nubes dispersábanse hacia poniente. Por las ventanas del desván, sin postigos ni cristales, veíanse grandes trozos de cielo completamente limpios, en los cuales brillaba la pedrería estelar con una pureza encantadora.

D. Juan se levantó y dedicóse á recorrer la estancia, enterándose de lo que en ella había, removiendo los trastos, abriéndolos y registrándolos. A la vista de sus juguetes, malheridos por él y despreciados cuando ya no tenían el color alegre de su virginidad, sintió cierta angustia llorona y oprimióle la garganta ese cinturón que precede á las grandes explosiones lacrimosas. Siguió registrando. Tras de los juguetes aparecieron los libros, con la encuadernación rota y las puntas de las hojas dobladas ó roídas. En algunas páginas había anotaciones hechas con lápiz al margen del párrafo que las inspiró, caricaturas de los profesores y epigramas picarescos. Después vinieron los chismes de caza. También tenían algo dulce y grave que simbolizar. D. Juan tuvo miedo de que su imaginación corriese demasiado y continuó el registro. Un tufo á ropa vieja salió del arca. Los vestidos estaban enteros, pero á poco que se les manoseara hubieran deshecho en menudos fragmentos. Al ponerlos en el suelo cayó de uno de ellos un envoltorio. D. Juan lo abrió de prisa. Eran

cartas y retratos de mujeres, todas jóvenes, la mayor parte candidas doncellas que se entregaron al amor con el lírico entusiasmo de las almas sencillas. ¡Oh! ¡Ya se encargó D. Juan de hacerlas renegar de aquel lirismo! La naturaleza es implacable, y sólo los avisados pueden hurtar el cuerpo á sus leyes.

¿Qué decían las cartas? D. Juan sintió el pueril anhelo de volver á leer aquellas enamoradas epístolas, y empezó por la primera del paquete, que era cabalmente la última de cierta época tan feliz como agitada en que los idilios se combinaron con los garrotazos. Leyó al principio sin emoción alguna, dedicando compasivas sonrisas á las relamidas y á la par ingenuas frases que le dedicaban y aun besando piadosamente alguna firma de gratísima memoria; pero luego comenzó á dominarle un horror sin freno, una profunda lástima; no sonreía ante los desahogos pasionales de aquellas pobres vírgenes que soñaron con la eternidad del amor, ni se atrevía á besar sus nombres, estampados al final de la carta con letra temblorosa, como si le diesen con él las santas primicias de su cuerpo y de su espíritu. Otra vez se puso nervioso y pensativo, y no queriendo incurrir en nuevas y vergonzosas debilidades, optó por quemar cartas y retratos. Muerto el pasado, era un deber incinerarlo cristianamente.

Más ¡oh triste equivocación del viejo amor! Las rojas llamas que alegraron de pronto el desván, el humo espeso que por encima de ellas se elevaba hasta el techo, diéronse á remedar las graciosas formas de las tiernas sacrificadas, sus rostros amables, los ojos llenos de inocente pasión, creciendo el número de imágenes á medida que aumentaba el fuego, como si de cada misiva, al llegarle el turno crematorio, surgiera la figura de su autora para recordar á don Juan sus imperdonables felonías. Y llegó un momento en que ardieron á un tiempo toda la correspondencia, retratos y cartas, retorciéndose como condenados, y el desván se llenó de visiones dolientes, con las mejillas pálidas y los ojos enrojecidos por el llanto. Sus manos blancas y descarnadas elevábanse al cielo en demanda de protección y quién sabe si de justo castigo, y su pecho desnudo ostentaba en el lado izquierdo una hendedura sangrienta, húmeda todavía...

D. Juan quiso huir de aquel sitio, pero en vano recorrió las paredes en busca de la puerta. El desván habíase convertido en una prisión sin salida, y las manos crispadas del noble seductor no hallaron ningún sitio por donde escapar. Las mismas ventanas parecían cerradas por el humo. Entonces intentó apagar la hoguera pisoteando las cartas y esparciéndolas en todas direcciones, pero tampoco consiguió nada de provecho. Las fatídicas sombras bullían sin cesar en torno suyo, azotándole el rostro con la suelta cabellera y mirándole con una fijeza dolorosa, que llegó á enloquecerle.

* *

La blanda voz del mayordomo sacó á D. Juan de su desmayo.

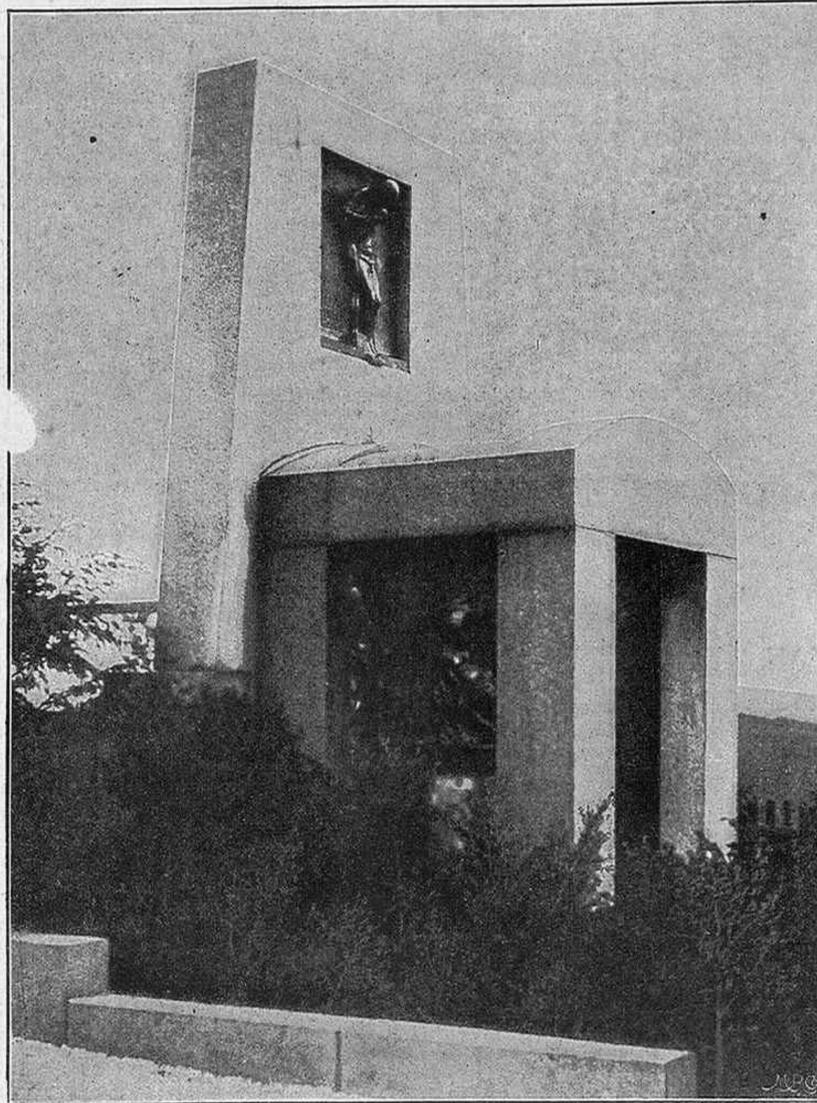
—¿Qué ha sido eso, señor?.. Le hemos buscado por toda la casa, y el humo que vimos salir por los ventanales del desván nos guió hasta aquí... ¿Le dió algún accidente?

—Sí, hijo mío, murmuró D. Juan levantándose. Fué el miedo, el verdadero miedo, que está siempre en acecho de una hora de sinceridad... Pero no se lo digas á nadie... ¡Cómo se reiría la gente si su-

piera que D. Juan se desmayó de pavor al recordar sus culpas una noche de ánimas!

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Triadó.)



SEPULCRO DE GRANITO Y BRONCE, obra de Francisco Metzner
(De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration», que edita Alejo Koch en Darmstadt)

ARTE FUNERARIO

Es Barcelona la ciudad peninsular que cuenta más importantes necrópolis, puesto que los siete cementerios que posee, alguno de ellos, como el llamado del SO., ofrece la particularidad de su situación topográfica y la riqueza y número de los monumentos funerarios que lo embellecen. Parece como si los arquitectos y escultores hubieran mostrado

paraciones; pero si creemos justo hacer constar que por la cuantía, suntuosidad y mérito de las sepulturas que en su recinto se levantan, ha de considerarse como una de las primeras y más importantes necrópolis de Europa. Emplazado en una de las vertientes de la montaña de Montjuich, desarróllase en una vastísima extensión formando un amplio anfiteatro, bordeadas sus anchurosas vías por lozana vegetación, que presta singular encanto.

Sólo á título de muestra de las hermosas construcciones que contiene reproducimos dos panteones, obra del conocido arquitecto Sr. Albareda, precisamente el autor del proyecto de la necrópolis. Por su importancia pueden colegir nuestros lectores la de las demás construcciones, manifestación evidente de la valía de nuestros artistas y del tributo que á los que fueron dedicados los barceloneses.

En menor escala, pero asimismo dignos de llamar la atención, son los monumentos funerarios que figuran en los demás cementerios, conforme lo atestigua el que también publicamos, emplazado en el de San Andrés. — LL.

ESCULTURAS DE F. METZNER

Este notable escultor berlinés es uno de los artistas que más penetrados están de la íntima conexión existente entre la arquitectura y la escultura, conexión que vemos maravillosamente expresada en los grandes monumentos de la antigüedad clásica. Quiere para sus figuras, sobriamente modeladas, espacios y fondos apropiados á ellas para que de la combinación de unas y otros resulte la debida armonía; por esto le atrae el arte del templo, en el que aquellas dos bellas artes se unen para producir en el ánimo esa impresión profunda que tan bien lo dispone á percibir la belleza: este es el fin que persigue Metzner, el arte monumental.

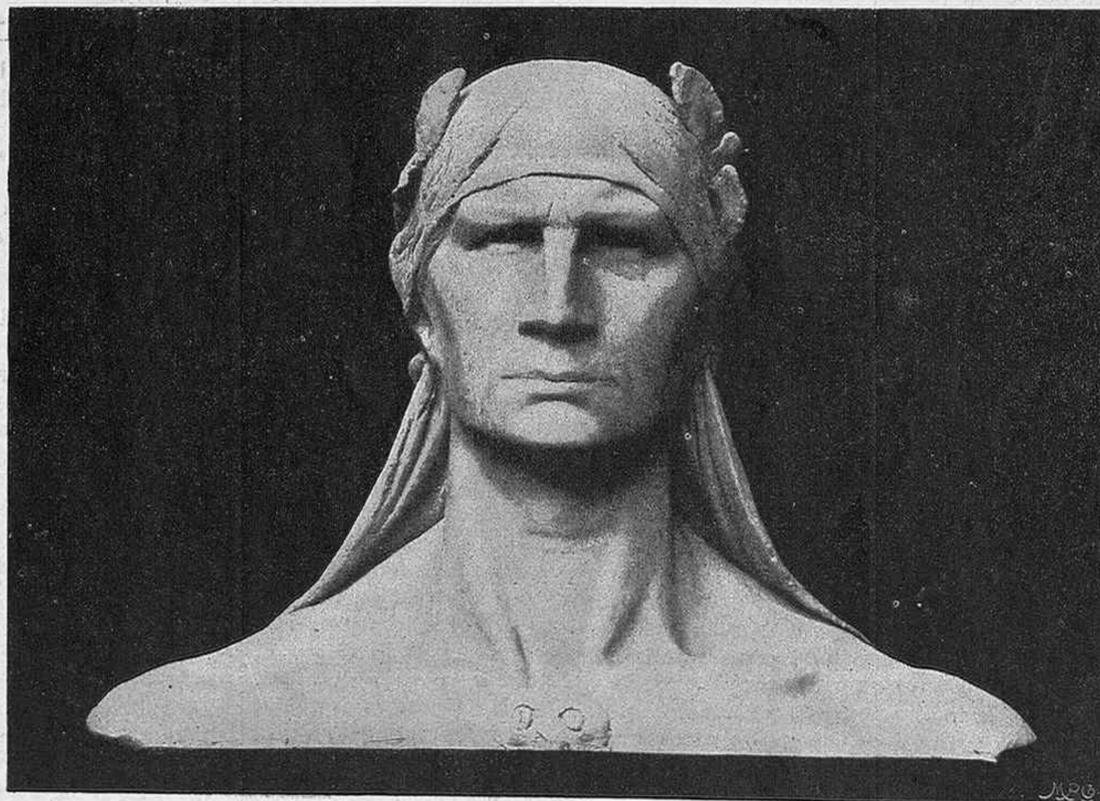
Comenzó haciendo serios estudios arquitectónicos; pero su afición al modelado de la figura le hizo muy pronto dedicarse á la plástica, y su conocimiento instintivo de la igualdad de esencia entre ambas artes llevóle á cultivar el arte monumental, que los funde en un todo uno y armónico.

Para conseguir este objeto, prescinde de todo lo pequeño, de todo lo accidental, ateniéndose al precepto de Miguel Angel: «El arte es la evitación de todo lo superfluo; es, por consiguiente, eliminación, purificación.» Por esto busca apasionadamente la esencia de la forma, y aunque ello le hace á veces ser extremadamente duro, en cambio presta á sus obras un sello personal que no permite confundirlas con las de ningún otro escultor.

Su característica es el vigor de su sensibilidad artística: en ésta predomina la nota trágica. Sus melodías, por decirlo así, son graves, tristes, solemnes; la alegría y el placer apenas hacen vibrar las fibras de su sentimiento.

Como escultor, demuestra poseer una visión plástica de intensidad extraordinaria; como arquitecto, domina el lenguaje lapidario de las grandes líneas y superficies y de la armonía de unas y otras.

Que en estas apreciaciones acerca del escultor Metzner no hay exageración, pruébanlo elocuentemente las obras suyas que en el presente número publicamos: basta contemplarlas para comprender que quien las concibió y modeló no es simplemente un escultor talentoso, sino un artista dotado de verdadero genio. — G.

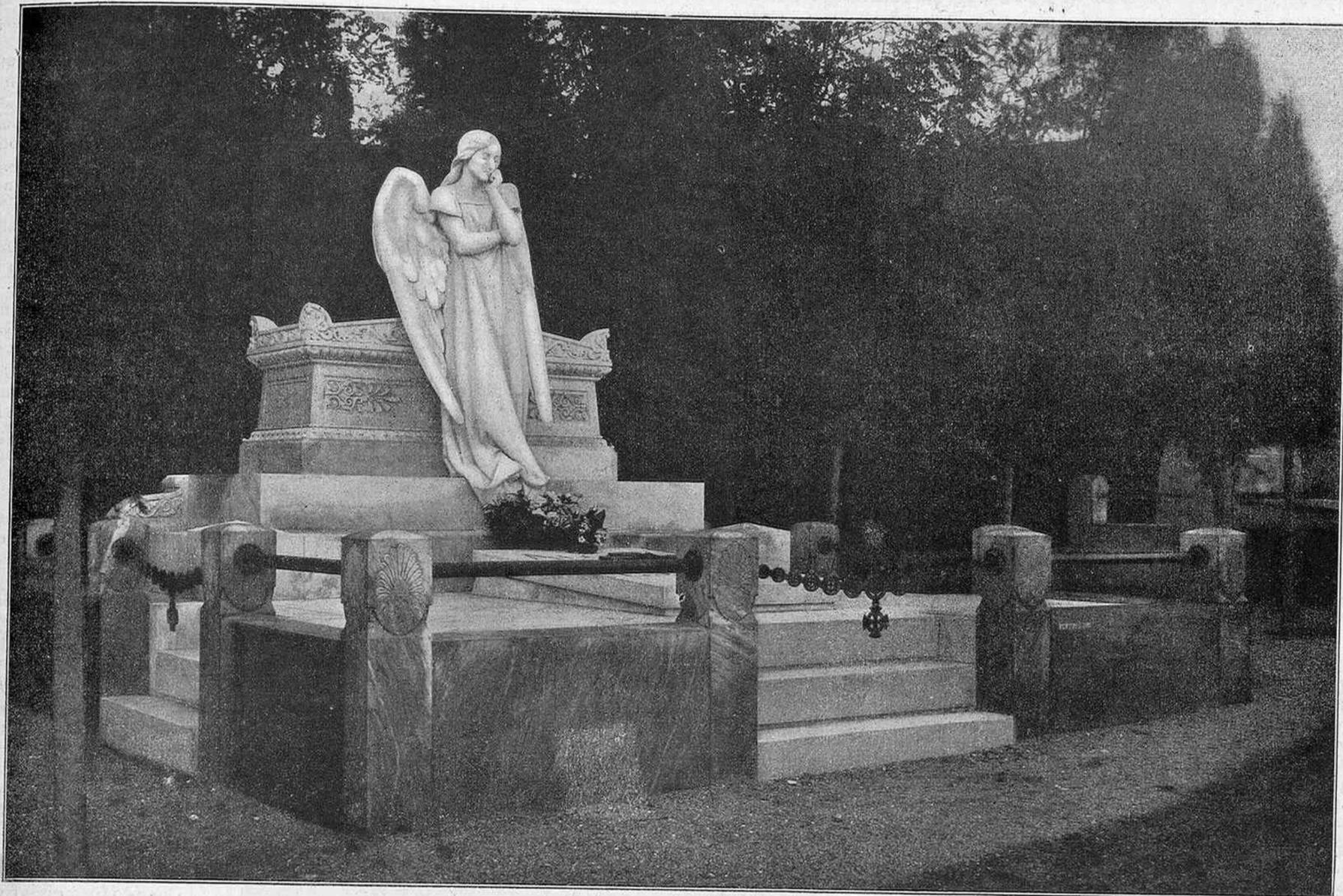


LA CIENCIA, escultura de Francisco Metzner
(De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration», que edita Alejo Koch en Darmstadt)

empeño en conquistar para la primera necrópolis de nuestra ciudad la fama y celebridad de que goza el cementerio de Génova.

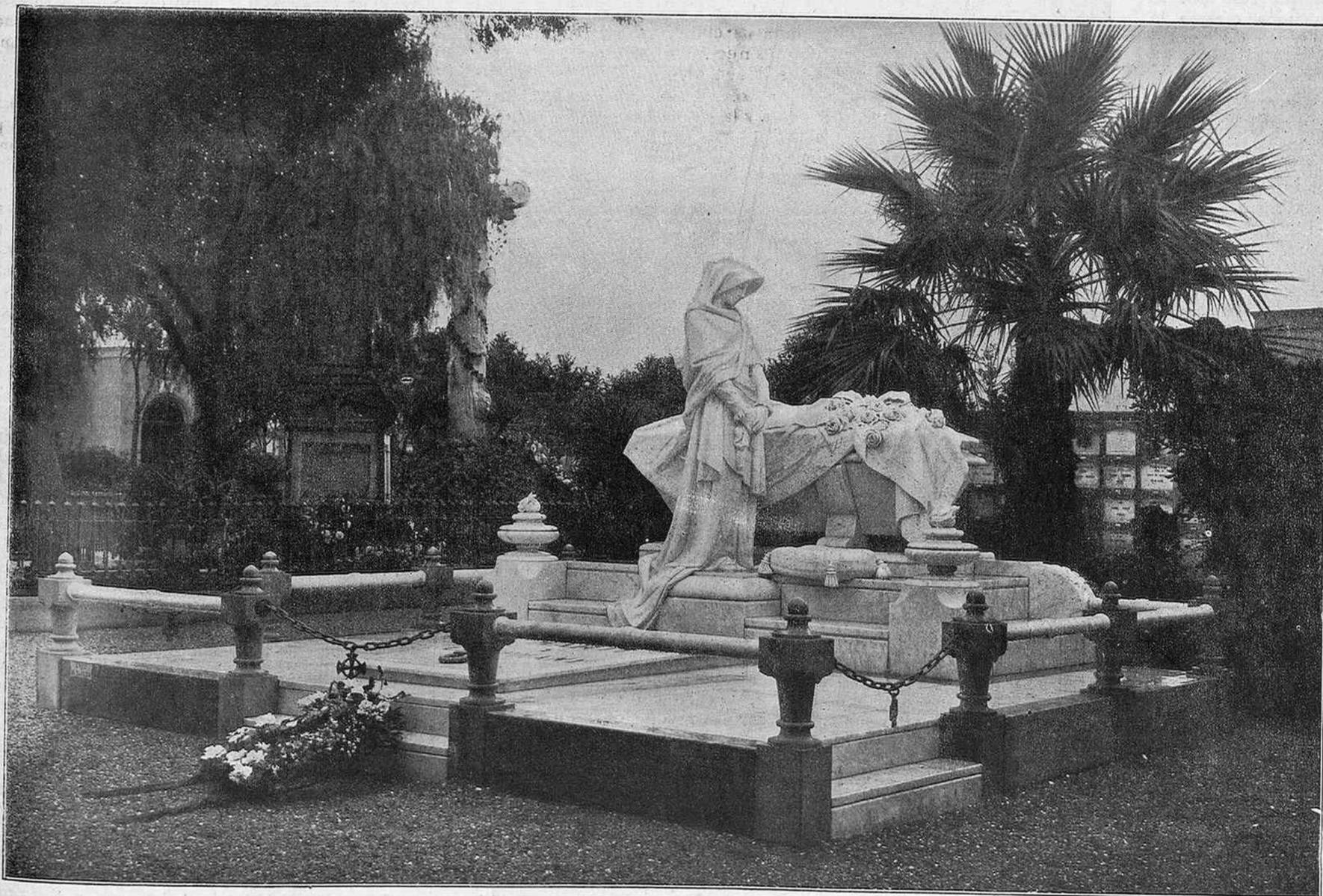
No es ciertamente nuestro ánimo establecer com-

unicación con el presente número publicamos: basta contemplarlas para comprender que quien las concibió y modeló no es simplemente un escultor talentoso, sino un artista dotado de verdadero genio. — G.



BARCELONA.— Panteón en el cementerio del SO.

Proyectado por el arquitecto D. Leandro Albareda. — Estatua del escultor José Llimona. — Construído por los Sres. Ventura Hermanos



Panteón en el cementerio de San Andrés

Proyectado por el arquitecto D. Leandro Albareda y construído por los Sres. Ventura Hermanos

EL IDEAL

CARTAS DE UNA MUJER

4 de abril.

Querida Carmen: Vienen á mí á pedirme que te escriba. Como soy vieja, suponen que mis cabellos

blancos serán buenos consejeros de tu cabeza soñadora; que los hilos de ébano que la coronan, signos de fortaleza y de vida, habrán de oirme antes de que los años los marchiten y blanqueen. Error. La experiencia es, como dijo el poeta, «una ciencia que todos aprendemos sin maestro;» pero sus enseñanzas llegan ¡ay! demasiado tarde. Cuando no podemos aprovecharnos de ellas.

Sé que de nada han de servirte mis consejos. Y sin embargo te los doy; con tal fervor me lo piden, con tal imperio creo que mi conciencia me lo manda.

¿Que quién me lo pide? Ya puedes figurártelo.

En amor no es lo mejor lo más práctico. Cuando las gentes que te rodean, esas que dicen que te quieren y que ven la vida tal como es, te aconsejen, no sigas sus consejos.

Pregúntate á ti misma si la vida, por sí sola, vale lo bastante para sacrificárselo todo, si es conveniente amarrarse á ella, prohibiéndose, en su curso, dar algunas escapadas al ideal. A los veinte años, y esto parece una paradoja, se cree que puede prescindirse de todo; á los sesenta se advierte que sólo por lo que soñamos merece la pena de haber vivido. Tal vez consiste en que la juventud tiene la magia de embellecer aun las cosas más prosaicas y vulgares, y la vejez, muertas todas las ilusiones, sólo ama aquello que por intangible nunca puede realizarse.

Y el ideal, ¿qué es?, me preguntarás.

Si pudiera encerrar en un concepto esa eterna aspiración de las almas, es posible que no lo hiciera. ¡Quién sabe si, venciendo mi egoísmo á la voluntad que te tengo, guardará para mí la receta, felicidad cierta para cualquier psicólogo profundo!

El ideal lo es todo y no es nada. No está en la tierra ni en el cielo; lo llevamos dentro de nosotros mismos, y á estar en la órbita de lo posible, un gobierno que supiera conseguir que los maestros de primeras letras enseñaran á sus alumnos á creer en el ideal, habría hecho la felicidad de sus gobernados.

Un ideal al cual nos abrazamos en los albores de la vida, es un salvoconducto que nos lleva á la muerte, sin habernos percatado siquiera de las asperezas del mundo que atravesamos. Y ese ideal podemos conseguirlo todos, el que nace en un rancho de las campiñas de Andalucía, y el que viene á la vida en la cámara de un alcázar de reyes. Le damos luz en nuestro pensamiento, allí al abrigo de los golpes de la realidad, y vamos siguiéndole siempre, en todo momento nos alumbramos, en todo momento nos guía. De pronto nos detiene la muerte; llega siempre cuando íbamos á confundirnos en los reflejos de aquella luz salvadora.

Al llegar á este punto se detiene mi pluma. Veo que una sonrisa de incredulidad pliega tus labios; que ignorando el mañana, sólo ves el hoy en el cual todo te sonrío. Él te dice que cuanto te rodea debe rendirse ante tu juventud y tu belleza, y que es ton-

tería insigne preocuparse de lo porvenir cuando la realidad es tan hermosa. Hay, pues, que suspender todo consejo. Hay que dejar á las inspiraciones de tu corazón la línea de conducta que hayas de seguir. Lo que hoy estimas como lo mejor, tal vez dentro de pocas horas entiendas que es lo pésimo. Te quiere y te abraza - MAGDALENA.

za, permite, por lo menos, que en el camino se haga algo grande y duradero.

Los gritos acalorados de entusiasmo, las notas valientes de aquellos himnos de gloria, duraron lo que sus ecos en el espacio.

Esto parece arrancado de un programa de sociología política, pero yo no sé decirlo de otro modo.

Más substancioso será un ejemplo; voy á ponértelo.

Tenía yo, como tú ahora, veinte años. ¡Hace muchos! Vivía como tú en un pueblo de Andalucía, en ese pedazo de tierra donde se siente como artista y se habla como poeta, y como tú, al estallar las rosas de la primera juventud, quise á un hombre con quien había compartido los juegos de la niñez y las ilusiones de la edad moza. Aquel niño, que comenzaba á ser hombre, tenía un corazón grande, capaz de las empresas más arriesgadas, y una imaginación soñadora, para la cual las maravillas del palacio de Aladino eran bien pobre presente. El camino de la gloria era para él ancha y fácil carretera, que había de recorrer, teniéndome á mí como galardón el más preciado, y me amaba tanto, que pensar en que yo no fuera suya lo consideraba tan absurdo como la visión de Andalucía sin sol ó del mar sin arenas.

Cuando fué hombre vino á Madrid á conquistar el mundo. ¡Qué menos podía ofrecermelo!

Desde mi rincón yo, él desde la corte, nuestras almas estuvieron en comunión constante, y nuestras cartas, que el correo traía y llevaba, no eran otra cosa que los lazos con que se anudaban aquellos hilos invisibles á través de los cuales volaban nuestras almas. Pero ¡ay! que la realidad es bien triste. Pasaron los años, y el que vino para conquistar el mundo, á pesar de su inteligencia poderosa, de su talento soberano, de su corazón magnífico, en lucha con las asperezas de la vida sólo pudo conquistar un puñado de pesetas, las necesarias para no morir de hambre.

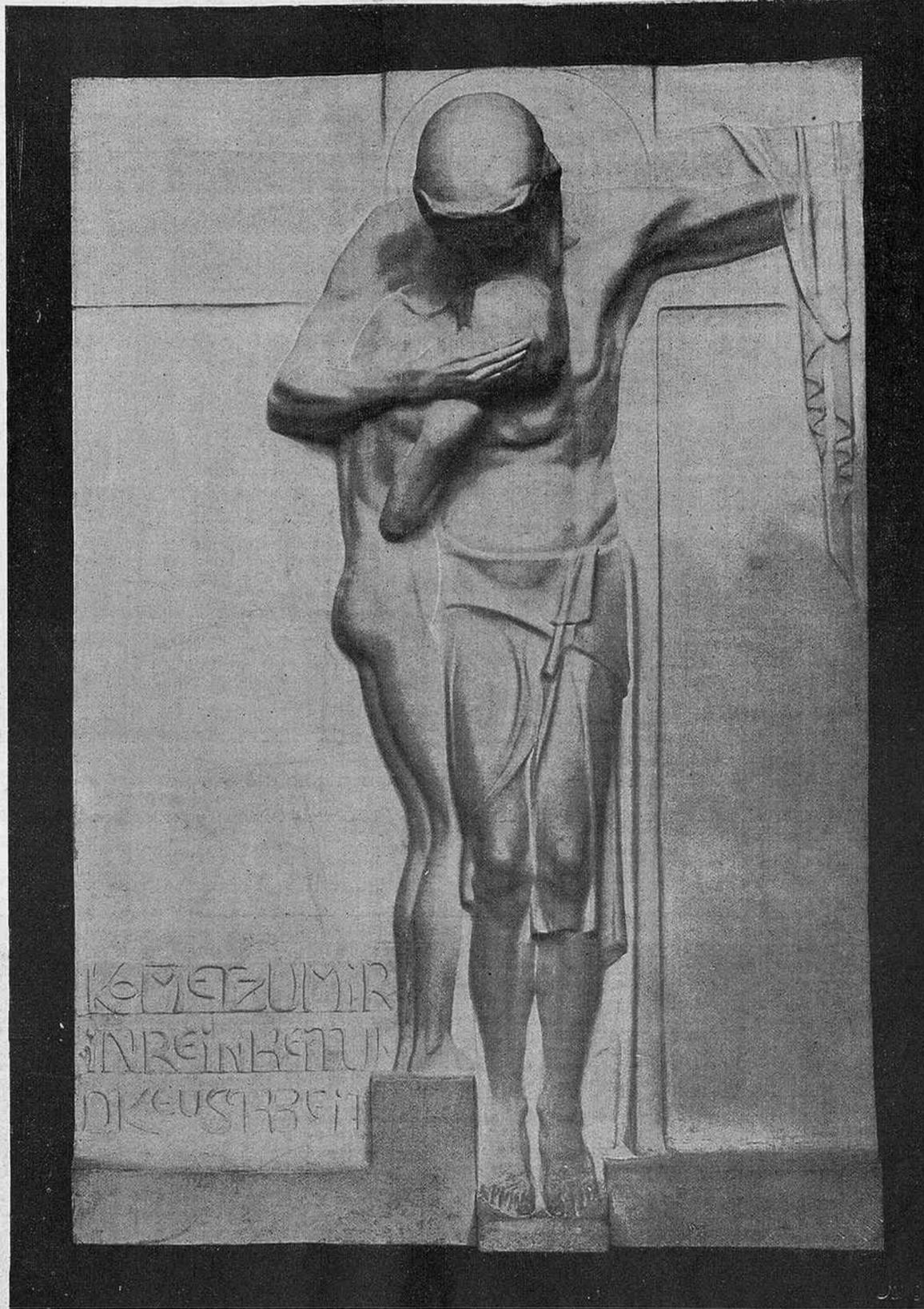
De niña había yo pasado á ser mujer; mis padres, las gentes que me rodea-

ban y me querían, lo mismo que las que ahora te rodean á ti, pensaron en que no podía esperar más; debía fijar mi porvenir, y el porvenir de la mujer en España, según corriente receta, que pasa por axioma, es casarse. Era menester acabar con aquellas «cosas de niños.»

Cuando me lo dijeron la vez primera rechacé el consejo indignada, después pude oírlo con indiferencia, más tarde lo escuché con beneplácito. Aquello no podía seguir; yo necesitaba casarme, y en aquel punto mi astucia de mujer, esa astucia heredada de la madre Eva, y que ésta aprendió sin duda de la serpiente en aquel histórico diálogo del Paraíso, se dedicó á hallar la fórmula para romper decorosamente.

Convenía que él me dejara, que la razón estuviera de mi parte, los pretextos ya los hallaría yo. Y los encontré.

Me había prometido conquistar estos y aquellos puestos, no había conquistado nada; venir por mí en determinada fecha, no había venido. Sus promesas no se habían cumplido. ¿Se podía pedir mayores motivos de agravio? Y poco á poco me mostré en mis cartas lastimada, fría, las fuí haciendo menos



LA FE, relieve para un sepulcro, obra de Francisco Metzner

(De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration», que edita Alejo Koch en Darmstadt)

20 de abril.

Querida Carmen: ¡Lo ves! No me había equivocado. Tu carta, que acabo de leer, tiene dos aspectos: una protesta de cuanto yo te decía, un himno á la juventud y á la vida. No me extraña, porque recordarás que para no darme por sorprendida, te anunciaba en mi carta anterior la acogida que íbas á dispensarla.

Pero esos himnos á la juventud y al poder son del género lírico, y ocurre con ellos cosa idéntica á lo que sucede con las revoluciones en los pueblos jóvenes. Incapaces para estimar el objeto de su vida, marchan en pos de ídolos falsos, que forjan al calor de un entusiasmo momentáneo. Se suceden unos á otros, rápidamente; viven días, acaso horas, hasta que convencido el pueblo de que sus ídolos sólo tenían para la vida el calor que les prestaba el entusiasmo de las muchedumbres y el impulso de los improvisados himnos, descubre que todos eran falsos y que ha perdido el tiempo lastimosamente.

En el entretanto pasó la juventud y es llegado el momento de pensar en un ideal que si no se reali-

frecuentes, y por último dejé de escribir. Todas sus ternuras, sus protestas, sus quejas, no consiguieron hacerme variar. Lo tenía bien pensado.

Mientras tanto mis padres, mis parientes, los amigos de mi casa que tanto me querían, habíanme preparado un marido, según ellos, digno de mí. Y con esa inconsciencia estúpida de la mujer, que comienza a pensar cuando las canas blanquean su cabeza, me casé.

Mi marido era militar, tenía el empleo de capitán; un acreedor eterno del Estado a quien no podían faltarle los garbanzos mientras viviera, y si se moría yo tampoco perecería de hambre.

Mi marido era un hombre frío, correcto, bien educado; me quería, pero no me amaba. Yo en aquel tiempo era muy hermosa, lo dicen los retratos de la época, lo decían las gentes que me rodeaban.

Mi marido se casó, pues, conmigo porque a su vistoso uniforme lo realzaba un buen palmito.

Después han pasado muchos años, he tenido hijos, he sufrido mucho y he recordado muchas veces, con lágrimas en los ojos, la «soledad de dos en compañía» de que habla el poeta.

¡Cómo he de contarte en una carta las amarguras de cuarenta años de un alma solitaria! Se necesitarían muchos pliegos de papel; se necesitaría una pluma que no fuese la mía; se necesitaría que tu alma, acrisolada por el dolor, pudiese corresponder a otros dolores.

Casada, vine a Madrid al poco tiempo; en el rincón de mi hogar seguí paso a paso la carrera de aquel hombre que amé de niño, y le vi triunfar, subir, llegar a las cumbres, siempre solo, como peregrino solitario caminando por la ancha y fácil, para él, carretera de la gloria.

Muchas veces, empapada en mis lágrimas, besé su última carta, en la cual, con ardientes palabras de convencido, me decía que le había dejado solo en el mundo.

Después de esto, ¿puedes preguntarme todavía lo que es el ideal?

Te quiere y te abraza - MAGDALENA.

3 de mayo.

Querida Carmen: Mi última carta ha quedado sin respuesta. Nunca mejor que en la ocasión presente

he acertado y que además es tarde para alcanzar algo de lo que me proponía.

Ya sólo me resta actuar de profeta; pasados los años, podrás de estas cartas borrar mi firma para darlas fe con la tuya. Y cuando entonces, como tú lo has hecho ahora, una Carmen del porvenir te pregunte dónde está el ideal, podrás contestarle con este párrafo de mi pobre historia.

Hace muchos años, creía yo en la vida, y elevando en el aire castillos de pensamientos, deshechos al soplo de sonrosados ensueños, preguntaba al amante de mis días felices cuál ideal habíamos de forjarnos.

Y él, poniendo por testigo el inmenso dosel azulado del cielo andaluz, en sus ojos los reflejos de su alma de artista, en su palabra los tonos cálidos de su inspiración de poeta, me decía:

«El ideal lo es todo y es nada, lo llevamos dentro de nosotros y él nos manda y nos dirige.

»¡Anda! - ordena, - y caminamos sin desmayos; ¡legal - dice, - y allá llegamos sin reparar en dificultades ni en peligros.

»Es una sed que nunca se mitiga, es un hambre que jamás se satisface. Detrás de la línea del horizonte, de las montañas cuyas cimas se pierden en el cielo, al otro lado de las aguas del mar inmenso, hay un más allá. Al contemplar el cielo, el monte, el mar, se nos ocurre preguntar siempre: «Allí detrás, ¿qué habrá?»

»En cada uno esa ambición del espíritu constituye la labor de toda su vida. ¡Lo demás qué le importa!

»El más miserable de la tierra, el más humilde, encerrado en la torre de marfil de su pensamiento, se consagra al culto de aquella su aspiración, única; y así, los más grandes conquistadores, los emperadores más poderosos, la sabiduría, el oro y el poder, sólo le inspiran lástima.»

Prepárate, pues, a encerrarte en tu torre de marfil.

Te quiere y te abraza - MAGDALENA.

EMILIO DUGI.



Retrato de la Sra. X., pintado por Felipe Klein

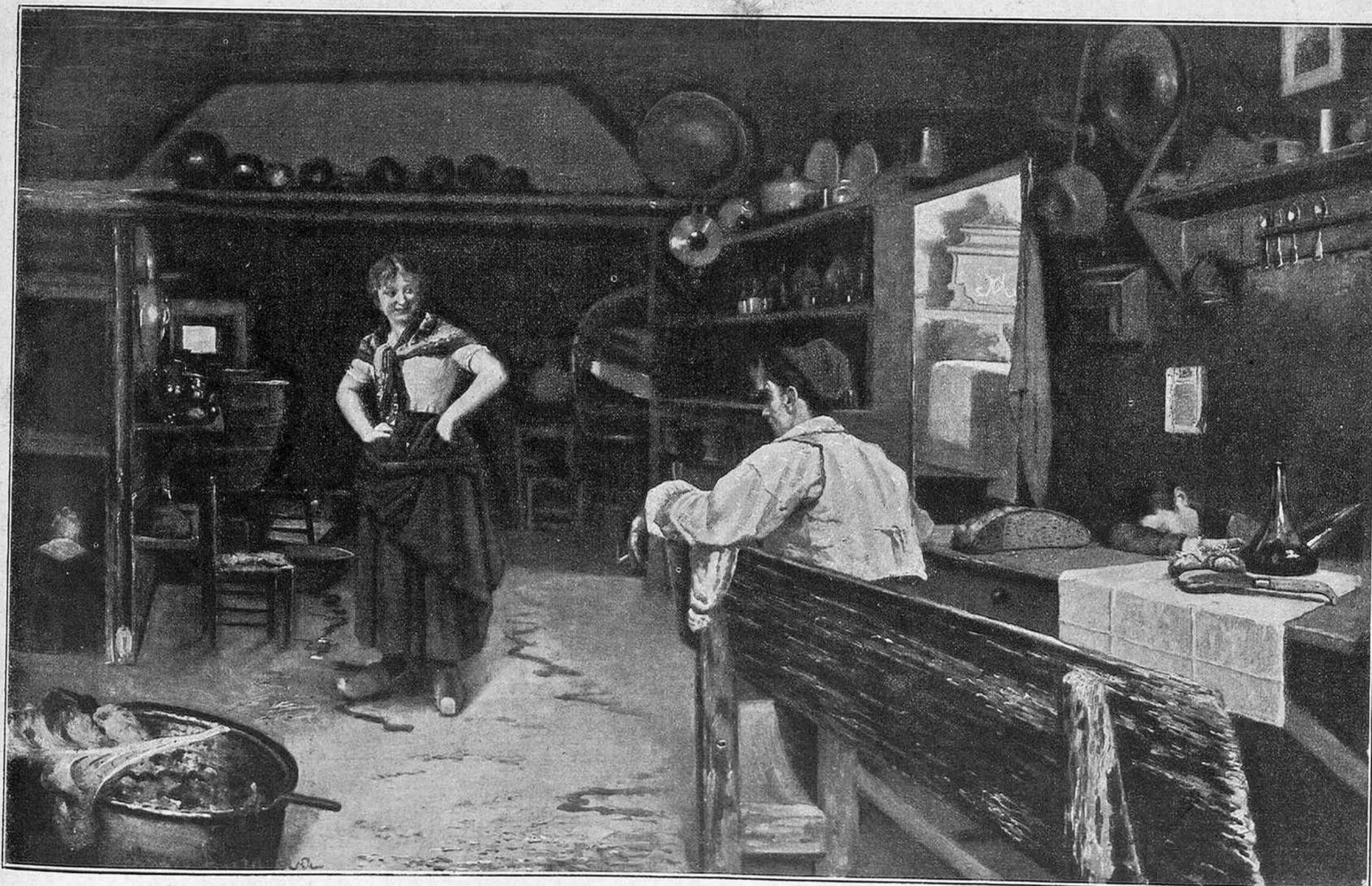
tuvo aplicación aquello de la elocuencia del silencio. Puesto que callas, es que mis palabras han tenido un eco en tu alma, que mi pensamiento ha logrado hermanar con tu pensamiento. Cuando algo de lo que se nos imputa es falso, la protesta brota de nuestros labios pronta y espontáneamente. Tu silencio me demuestra, de este modo, dos cosas; que

dores más poderosos, la sabiduría, el oro y el poder, sólo le inspiran lástima.»

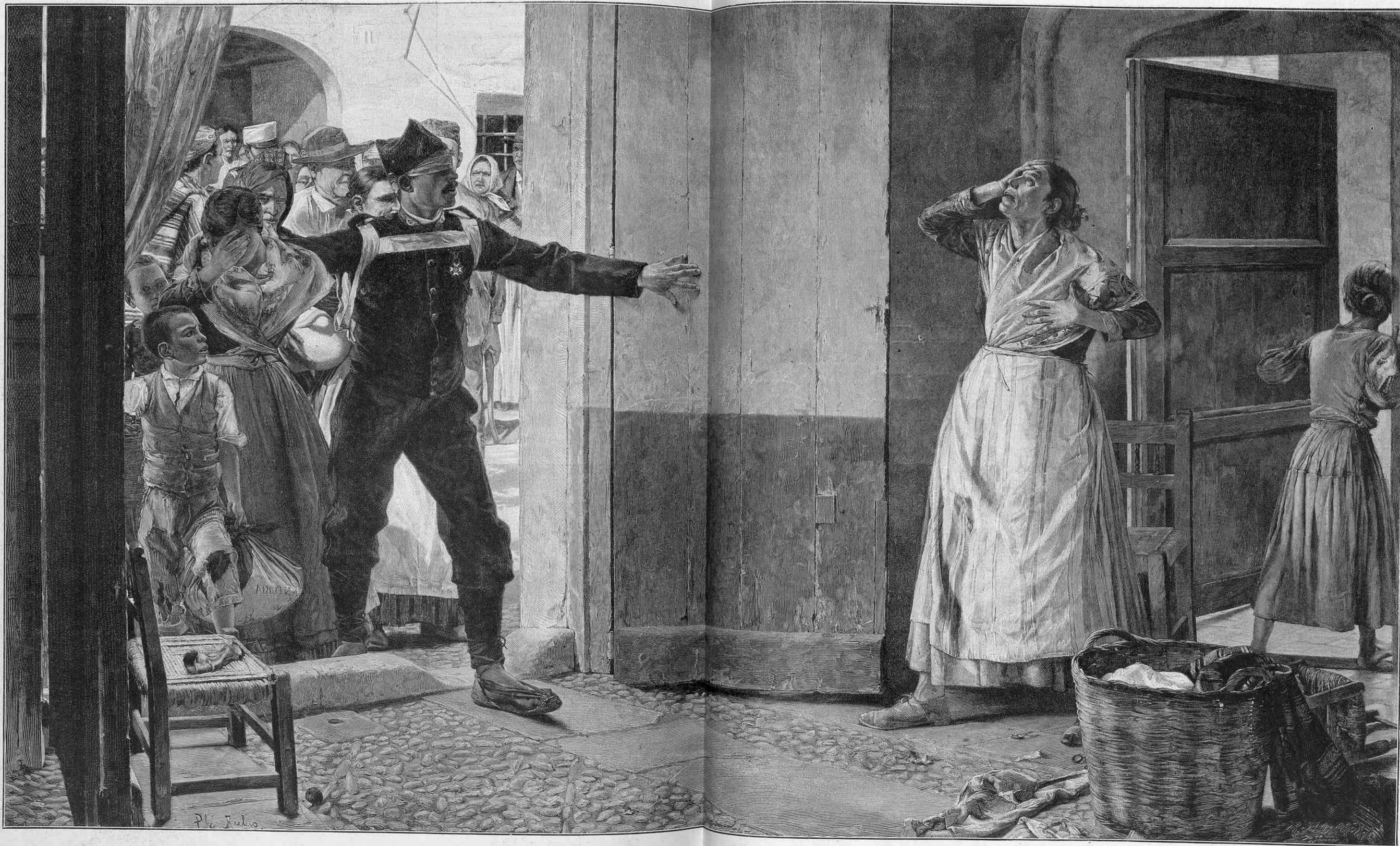
Prepárate, pues, a encerrarte en tu torre de marfil.

Te quiere y te abraza - MAGDALENA.

EMILIO DUGI.



¿Se atreverá?, cuadro de Juan Llimona



REGRESO DE LA GUERRA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE PLA Y RUBIO, GRABADO POR R. BONG

NUESTROS GRABADOS

Retrato de la señora X, pintado por Felipe Klein.—Esta obra produce la impresión de un cuadro de género más que de un retrato propiamente dicho, y es que el artista, al reproducir en el lienzo la persona retratada, no se ha circunscrito á copiar las facciones y la figura de ésta, sino que ha buscado el ambiente en que mejor podían resaltar unas y otra, y sin quitar importancia al elemento esencial ha dado á su composición un carácter, pintoresco, trazando en el fondo un bellísimo paisaje y colocando á la dama en una actitud de naturalidad encantadora, que permite apreciar toda la gracia y toda la esbeltez de su cuerpo.

¿Se atreverá?, cuadro de Juan Llimona.—La ocasión no puede ser más propicia: la vieja baja á la bodega; el niño se ha dormido sobre la mesa y solos han quedado la gentil moza y el joven payés. Bien sabe aquélla que se muere éste por sus pedazos; pero por más que hace, por más que le ha dado pie; no ha podido conseguir que el enamorado se declare y le diga lo que tantas ganas tiene ella de oír. ¿Se atreverá ahora á soltar lo que lleva dentro y tanto le pesa? ¿No será bastante á vencer su cortedad la provocativa mirada de la linda muchacha, que no parece sino que le dice «¡Atrévete, hombre, atrévete!» Tal es el asunto del bellísimo cuadro de Llimona, en el que no se sabe qué admirar más, si la espontaneidad y sencillez con que está expuesta tan interesante situación, ó el acierto del artista en hallar la expresión propia de cada uno de los dos personajes, ó el talento del pintor en presentarnos ese interior de una masía catalana con un lujo de detalles que le acreditan de dibujante y colorista de primera fuerza.

Regreso de la guerra, cuadro de Pla y Rubio.—¡A cuántas y cuán tristes consideraciones se presta este cuadro! Su autor ha sintetizado en él de una manera magistral todos los dolores de nuestras últimas guerras coloniales. Contemplándolo, recordamos aquellos cantos bélicos coreados por la impresionable multitud que acudía á presenciar los embarques de nuestras tropas sin ahondar en lo que aquello significaba; recordamos las cruentas luchas en lejanas tierras de mortíferos climas; recordamos el triste regreso de los millares de infelices enfermos é inutilizados para el trabajo. Y por encima de todos estos recuerdos, se destaca el de tantas pobres madres á quienes una suerte implacable arrancó de sus brazos al hijo querido, privándolas para siempre de sus caricias ó devolviéndolo en un estado de desconsoladora invalidez. El lienzo de Pla y Rubio hace asomar á los ojos amargas lágrimas y acudir á la mente no menos amargas ideas. ¿Qué mejor elogio puede desear un artista para su obra?

Buenos Aires.—Medalla conmemorativa de la coronación del Señor de los Milagros.—Con grandes solemnidades religiosas se ha celebrado en Buenos Aires el acto de la coronación de la imagen del Señor de los Milagros, existente en la metropolitana de la capital argentina. Dicha coronación fué autorizada por rescripto de León XIII, quien bendijo por sus propias manos la corona, que fué llevada á Roma por el presbítero Sr. Barbarrosa. Para conmemorar esta ceremonia, los acreditados fundidores Sres. Bellagamba y Rossi han acuñado la medalla que en esta página reproducimos y que, como todas las obras salidas de sus importantes talleres, se distingue por lo perfecto de su ejecución. En el anverso está la milagrosa imagen con las fechas 1803 y 1903 y la inscripción «Al Señor de los Milagros en su centenario. Coronado á nombre de S. S. León XIII y Pío X;» en el reverso se ve el busto de León XIII con la leyenda «Basílica del Socorro, 13 de Setiembre de 1903»

Monseñor Merry del Val.—Este prelado, á quien S. S. el papa Pío X ha nombrado Secretario de Estado, cuenta sólo 38 años de edad, y el hecho de que tan joven todavía haya sido elevado al cargo más importante del gobierno pontificio demuestra, no sólo el aprecio en que Pío X le tiene, sino también las relevantes dotes que le adornan. Desde el último conclave, en donde actuó de secretario y adquirió gran notoriedad, se suponía que monseñor Merry del Val estaba

llamado á desempeñar altos destinos; la influencia del cardenal Rampolla ha hecho que esta suposición se convirtiera en realidad mucho antes de lo que se creía. El nuevo Secretario de Estado, cargo que equivale al de Ministro de Negocios Extranjeros, es el primero que no siendo italiano ha llegado á tan alto puesto, circunstancia que ha sido interpretada generalmente como indicio de que el actual papa se propone



MONSEÑOR MERRY DEL VAL, recientemente nombrado Secretario de Estado por S. S. el papa Pío X

seguir una política distinta de la de sus inmediatos predecesores.

Monseñor Merry del Val, aunque español, nació en Londres el 10 de octubre de 1865. Desciende de una antigua y nobilísima familia irlandesa, y es hijo de D. Rafael Merry del Val, distinguidísimo diplomático español, que ha desempeñado, entre otros puestos, el de embajador de S. M. cerca de la

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—LA HAYA.—En el presupuesto holandés se ha consignado una partida de 30.000 florines, como primera entrega para la construcción de un edificio anejo al Museo Nacional, en el que se instalará el célebre lienzo de Rembrandt *La guardia nocturna*.

LONDRES.—Con el nombre de «National Art Collections Fund» se ha constituido en Londres una asociación que, á semejanza de otras establecidas ya en Berlín y en París, se propone evitar que las obras de arte de verdadera valía salgan de Inglaterra y vayan á parar á manos de los millonarios norteamericanos. Para ello facilitará á los museos públicos los medios de adquirir dichas obras, lo mismo antiguas que modernas.

TEATROS.—El nuevo anfiteatro griego de la Universidad de San Francisco de California, construído á expensas del millonario R. Hearst, se inaugurará en breve con grandes solemnidades. La primera fiesta que en él se celebrará será la representación de *Los pájaros* de Aristófanes.

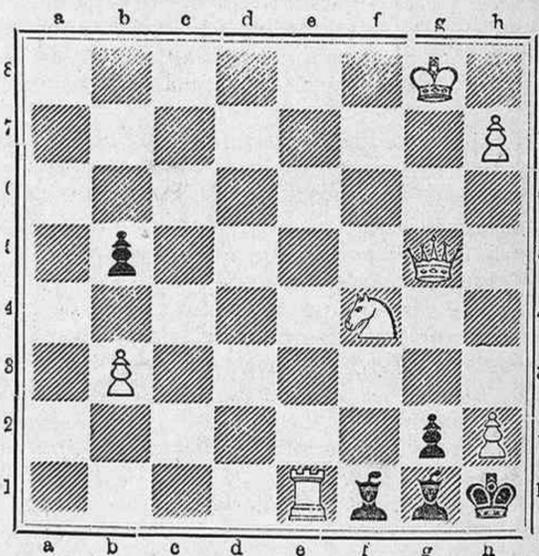
PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en la Ópera Cómica *La Tosca*, ópera en cuatro actos del maestro Puccini; en el teatro Sarah Bernhardt *La légende du cœur*, drama en cuatro actos y en verso de Juan Aicard, y *Le Maquignon*, drama en cinco actos y siete cuadros de V. Jozs y L. Dumur; en el teatro Cluny, *Ce bon Emile*, vaudeville en tres actos de Carlos Samson y Jorge Maurens; y en los Bouffes Parisiens, *La fille de la mere Michel*, opereta en tres actos de Daniel Riche, música de E. Gillet.

BARCELONA.—En el teatro Principal la eminente actriz Italia Vitaliani está dando con éxito verdaderamente extraordinario una serie de representaciones, habiendo estrenado con aplauso una traducción del bellísimo drama castellano *La campana de la Almudaina*, original de D. Juan Palóu y Coll. La empresa del Liceo ha publicado la lista de los artistas que han de actuar en este teatro durante la próxima temporada, que comenzará el día 14 de noviembre próximo. Figuran en la compañía los maestros directores señores Mascheroni, Goula Fité y Lamotte de Grignón; las sopranos señoras Berlendi, Giudice, Aleksandrowich, Bardi y Michalska; las mezzo sopranos y contraltos señoras Dahlander, Fabri y Mazzuchelli; los tenores señores Angioletti, Bonci, Dianni, Mariacher, Vignas é Iribarne; los barítonos señores Blanchart, De la Torre y Tessari; y los bajos De Grazzia y Torres de Luna. Las óperas nuevas que se pondrán en escena serán: *La dannazione de Faust*, leyenda dramática en cuatro actos y 13 cuadros de Héctor Berlioz, con la que se inaugurará la temporada; *Aclé*, ópera en cuatro actos, letra (en catalán) y música del maestro Manent; *Louise*, ópera en cuatro actos y cinco cuadros, letra y música de Gustavo Charpentier; y *Lorenza*, ópera en tres actos del maestro Mascheroni.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 343, POR S. LOYD.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 342, POR J. ERNST.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Da8-h8 | 1. Cb1-a3 |
| 2. Dh8-a1 | 2. Ra5xa6 |
| 3. Da1-h1 | 3. Cualquiera. |
| 4. Dh1-a8 mate. | |

VARIANTES.

- 1.... Cb1-c3; 2. a6-a7, b4-b3; 3. a7-a8(D) jaq., etc.
 1.... b4-b3; 2. Cb6-d5, b3xc2; 3. Dh8-a1 jaq., etc.
 2..... b5-b4; 3. Dh8-d4, etc.



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—Medalla conmemorativa de la coronación de la imagen del Señor de los Milagros, ejecutada en los talleres de los Sres. Bellagamba y Rossi

Santa Sede. Monseñor Merry del Val hizo sus estudios en Inglaterra y Bélgica; recibió luego las sagradas órdenes; casi á continuación de su elevación al presbiterado fué llamado á formar parte de la Prelatura romana. Ya en esta jerarquía, supo granjearse el joven prelado el respeto y la estimación de todos por su inteligencia, por su vida ejemplarísima, por su piedad y por el celo religioso que lo animaba. En 1897 fué designado monseñor Merry para trasladarse al Canadá, con la misión de resolver el gravísimo asunto de las Escuelas de Manitoba; años más tarde fué nombrado presidente de la Academia de Nobles Eclesiásticos; en 1902 recibió el encargo de representar á León XIII en las fiestas de la coronación de Eduardo VII de Inglaterra, el cual colmóle de atenciones y tuvo para el joven delegado apostólico extraordinarias preferencias; y, por último, en el pasado mes de julio llamáronle los cardenales para desempeñar el cargo de secretario del conclave.

Monseñor Merry habla con gran corrección el español, inglés, francés, italiano y alemán; es hombre de gran cultura y de afabilísimo trato.

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pero al hablar de todo esto fué lacónica, lo que no extrañó á nadie, pues todos sabían que allí estaba el punto negro y el misterio de la vida de Andrea, misterio que creían haber penetrado. Cuando

- ¡Oh!, mamá, encantadora..., mil veces más de lo que tú decías y de lo que se podía suponer... ¡Tú lo sabes ya, Noel!

Y sin esperar la respuesta de su hermano añadió:

¡Lo que había hecho Noel! Durante un interminable mes, noche y día, sin descanso, sin tregua, había padecido un suplicio voluntario.

Y había hecho aquello por verla, por tener de ella, cuando volviese á las tinieblas, una imagen precisa, una imagen que había querido que fuese risueña y que él había encontrado sinceramente bella, pues cuando así lo decía no pensaba en mentir.

¿Quién era ella, pues, para aquel hombre?... ¿Qué culto le había consagrado Noel? ¿Con qué ojos la miraba ahora su alma?

Y cuando, en aquel mismo día, sus ojos materiales la habían mirado realmente, ávidos y extasiados, ¡qué expresión había visto en ellos!.. ¡Con qué fulgor brillante y temible se habían iluminado!..

Apenas la joven había podido soportar aquellos destellos que la abrasaban con su llama.

En aquel momento, Noel se había transfigurado.

El triste compañero de sus perezosos paseos había desaparecido, y Andrea hubiera buscado en vano en él al humilde y desolado amigo, casi avergonzado de su falta de fuerzas.

Durante unos momentos, aquellos ojos de éxtasis habían recobrado las energías de otro tiempo y aquel hombre dotado de vista había estado hermoso, no ya con aquella belleza doliente y cansada que le daba el aspecto de un héroe vencido, sino con una belleza viril y dominadora.

Para decirle aquellas cosas cuyo recuerdo la oprimía y cuyo ardor quemaba todavía su corazón, Noel había tenido acentos de poema.

¡Qué admirablemente debía de hablar aquella boca cuando diera rienda suelta á los impulsos apasionados, cuando dijera las penas, los deseos y las ternuras de aquel impetuoso!

Aquel fulgurante relámpago de pasión había hecho palidecer en la memoria de la joven otros recuerdos que ya no se atrevía á llamar de amor.

No, jamás le habían dicho nada que la hubiera conmovido de aquel modo.

Aquel lenguaje era nuevo para ella y le abría horizontes desconocidos y sensaciones ignoradas.

Y sobre todo, la voz trémula de Noel, cómo había hecho descender las amables galanterías de Mauricio al nivel de una vulgar niñada...

Sí, Mauricio era encantador y estaba pronto á marchar por el camino del amor si á él le conducía la sonrisa de una mujer. Sí, Mauricio era ya un camarada hacía pocas horas, y sería un amigo mañana y un enamorado muy pronto, por poco que ella quisiera estimularle con la menor coquetería ó con la más pequeña insinuación.

Pero era un niño, á pesar de sus veinticuatro años cumplidos, un niño por la ligereza de sus ideas y de sus sensaciones, por su frívolo concepto de las cosas y por el carácter un poco afeminado de su belleza. Un niño mimado por una madre que le había hecho creerse irresistible.

Y Andrea insistía obstinadamente en la comparación de los dos hermanos.

Noel era un artista de espíritu elevado y noble corazón, que había derrochado su salud y su vida por el bienestar y la salvación de los suyos.

Noel le prodigaba hacía tres meses unas pruebas de amistad tan discreta, pero tan elocuente, que era preciso, para ser leal, darle otro nombre...

Noel la amaba - era tan claro como la luz del día - la amaba silenciosamente y sin esperanza, y sería horriblemente desgraciado, desgraciado hasta la desesperación, si ella escogía á su lado otro marido.

Y Andrea repetía dolorosamente, como para detenerse en el camino resbaladizo en que se aventuraba:

- ¡Pero es ciego!.. ¡Es ciego!..

Entonces fué cuando la turbación de Andrea empezó á convertirse en angustia.

Se encontraba como el primer día, sin saber adónde ir.



¡Usted! ¡Usted!.. ¡Oh! ¡Déjeme!

la joven decía algunas palabras sobre ese asunto, su voz se impregnaba involuntariamente de tristeza..., y ahora que la veían tranquila sobre la salud de su padre y que la calma sonriente de su vuelta era una garantía contra nuevas complicaciones, todos se esforzaban por traer su pensamiento hacia las cosas de Agay, del castillo, de la capilla, de Cristina, de Mario...

El viejo pescador se presentó á su vez para saludar á Andrea y pedirle órdenes respecto del equipaje. Cristina mostraba á cada momento su cara dorada por el sol, con un blanco narciso sobre la oreja..., y Andrea volvía á entrar suavemente en aquella atmósfera de sonriente paz.

La tarde pasó sin que se dieran cuenta de ello.

Apenas tuvieron tiempo para ir á admirar las rosas nuevas del jardín y para ver ocultarse el sol detrás de los montes de Valescure en una apoteosis de nubes purpurinas.

Comieron y se encontraron en seguida, como en los primeros tiempos, bajo la claridad de la lámpara de porcelana suspendida del techo.

Y la viuda lanzó una exclamación de asombro al oír la fina campana del reloj.

- ¡Pero es muy tarde! Esta pobre niña ha estado de viaje toda la noche y la tenemos aquí como unos egoístas. Démosle las buenas noches y vámonos á descansar.

- Que usted duerma bien, Andrea, fueron repitiendo los tres.

Y mientras la joven tomaba el camino habitual de su cuarto de la planta baja, todos subieron la escalera que conducía al único piso de la Casa Blanca.

Al llegar al piso y antes de entrar cada uno en su cuarto, Noel y Mauricio se detuvieron, como todas las noches, para dar un beso á su madre.

- Y bien, dijo muy bajito Magdalena, ¿cómo la encuentras, Mauricio?

- Lo que yo sé es que no voy á hacer como tú y me voy á enamorar de ella.

- ¡Mauricio!, exclamó la madre en un involuntario impulso de orgullo alarmado.

- Sí, mamá, me voy á enamorar. Pues qué, ¿no haríamos buena pareja? Ella tiene veintinueve años y yo cumpliré pronto veinticinco. Es libre y dice que le gusta la Casa Blanca. ¿Por qué no le he de gustar yo también? ¿Tanto te disgustaría que yo te diese una hija para mimarte, para ser la mejor amiga de tu Noel y para hacer, por añadidura, la dicha de tu Mauricio?

- Pero, loco, esa joven es más rica que tú, mucho más rica.

- ¡Bah! ¿Qué sabes tú si llegaré á ser más rico que ella trabajando mucho? Además, ¿crees tú que una joven como esa va á mirar si tiene unos francos más que yo, aunque yo no tengo ninguno?

- Estás loco, querido, repitió la madre sonriendo.

- Los locos son los que dicen la verdad, mamá...

Pero, en fin, dime; si eso sucediera, ¿serías dichosa?

- Mucho, Mauricio mío.

- Y tú, Noel, ¿no querrías tener siempre á tu lado esa amiga, esa hermana?

Pero el ciego se encogió de hombros y se volvió para entrar en su cuarto murmurando:

- Dice bien mamá; estás loco.

Y ni su madre ni Mauricio vieron que se había puesto lívido.

Andrea estaba sola en su cuarto.

Fuera ya de la influencia de aquella atmósfera de risueña intimidad, volvía á una apreciación más libre de todas las cosas, y en vez del sueño que le habían deseado sus amigos, se sintió invadida poco á poco por una tempestad de sensaciones nuevas y de emociones bruscamente suscitadas.

Nunca se le había ocurrido hasta entonces que Noel pudiese amarla más que como una amiga, como una hermana cariñosa, y sobre todo, la joven no había visto jamás en él más que el amigo ó el hermano.

Le había visto desgraciado y había puesto en aquella amistad toda la tierna compasión de que su alma era capaz. Y protegida por aquel sentimiento de dulce caridad y también por el recuerdo, todavía vibrante y doloroso, del que había sido su prometido, había avanzado al lado de Noel por aquel camino fraternal, sin sospechar que no podría subir de nuevo la escurridiza pendiente en que se colocaba.

Porque ahora tenía ya que defenderse contra su propia inclinación.

— Es una locura, pensaba, es una locura lo que yo me imagino. Ese joven no ha podido alimentar la esperanza de que yo aceptaría ser su mujer. Sé bien lo que piensa, lo que repite á cada instante cuando habla de sí mismo y de su ceguera, cuando dice que su vida está terminada y que él no es más que el resto de un naufragio... Me engaño, me engaño de seguro, cuando atribuyo un sentido tan preciso á lo que he creído comprender. El mismo se quedaría asombrado si supiera mis dudas y mis vacilaciones. Y aun en el caso de que el pobre ciego hubiera recordado al lado mío que es joven y hubiera olvidado á la amiga para pensar en la mujer, ¿no sería en mí un deber de caridad el separarme un poco de él, para no fomentar una idea que no puede ser más que un sueño y para dejar que la razón le demuestre que él no puede?..

Pero Andrea se interrumpió con vehemencia:

— ¿Por qué no puede?.. ¿Por qué, si ha sido más desgraciado que los demás, no puede tener su indemnización de dicha?.. Si no puede valerse solo, ¿no es esto una razón para que se le preste ayuda? Por amor á los suyos, cree haber perdido el derecho de ser amado él mismo. ¿No merece por esto una compensación de ternura?.. ¿Por qué no ha de tenerla? Noel tiene todo lo que hace falta para agradar; es bueno y es bello...

Pero el cansancio venció en este momento el insomnio de Andrea, y la joven se durmió balbuceando:

— Es guapo... y no sería desagradable el dejarse amar por él...

Pero por la mañana renacieron sus vacilaciones. Y hasta empezó á dudar de la impresión que había producido en Noel.

¡Si se hubiera engañado! ¡Si fuese á chocar con un asombro que sería una humillación, cuyo pensamiento le infundía un serio despecho!

Por muy inverosímil que fuese esta suposición, Andrea se detenía ante ella y se sentía turbada profundamente.

Y cuando, momentos después, se encontraron todos reunidos, no se atrevió á separar de Mauricio, que parecía muy dispuesto á acapararla, ni á acercarse á Noel, que se aislaba, más retraído y silencioso que nunca, en su butaca al lado de la chimenea.

El día pasó encantador para la viuda y para su hijo menor, pero largo y pesado para Andrea, la cual no sospechaba los crueles suplicios de Noel.

Y entre aquellos dos seres, atraídos mutuamente por una misteriosa afinidad, se produjo todavía un lamentable error.

En la noche anterior, Noel había sabido en la puerta de su cuarto lo que el pobre joven tenía derecho para llamar su sentencia sin apelación.

Y había recibido el golpe sin gritar y sin decir palabra, pero sintiéndose herido en pleno corazón y sufriendo una atroz sensación de derrumbamiento, de ruina irreparable.

¿Y qué?.. ¿No podía él recorrer esos calvarios que conducen todos á un dolor más agudo y más refinado?

Aquel hermano por el cual lo había perdido todo, todo lo que le hubiera dado derecho de esperar... de agradar... era el que le asestaba al corazón la última y más cruel herida.

Su hermano no había aparecido más que para eclipsarle á él con su sombra.

Pues bien: había que aceptar también esa inconsciente crueldad, aceptarla sin cólera y sin quejas, y más adelante, pues hoy sería verdaderamente imposible, tratar de estar alegre.

Después de todo, ¿no sucedían las cosas como debían suceder?

La juventud, llena de vida, de fuerza y de esperanza, iba naturalmente á la belleza y á la gracia.

Mauricio obedecía á esa ley general, y sería una suerte inesperada para todos si la locura de Mauricio era, como él decía, la verdadera cordura y el joven conseguía agradar á Andrea.

¡Ah! ¡Qué linda pareja harían los dos!.. Sí, esa sería la felicidad para él, para ella y sobre todo para su madre.

— ¡Vamos, Noel, sé valiente; para ti también, como para todos los que amas.

Y el joven se propuso, con más obstinación que nunca, replegarse en sí mismo, hundirse silencioso en su butaca, mientras Mauricio rodeaba á Andrea de esas atenciones y de esas coqueterías propias de un guapo mozo que quiere agradar.

Y Noel llevó hasta tal punto ese sistema, que Andrea sintió debilitarse sus convicciones más aún que el día anterior y empezó á dudar si llegaría á tener alguna vez en su mano el medio de repararlo todo, que ya se le aparecía como un sacrificio.

Esta situación duró muchos días.

Andrea empezaba á tomar antipatía al tal Mauricio, que estaba siempre á su lado ruidoso, risueño, demasiado contento de sí mismo, y ¿por qué no decirlo?, desagradando más cada día á aquella á quien quería conquistar.

Y sin embargo, la joven no podía perseguir á Noel, no podía imponerse cuando le veía alejarse más y más de ella.

La joven tenía como una intuición, como un instinto de que Noel estaba jugando una partida aventurada, en la que se atravesaba la dicha de los dos.

Estaba casi segura de que el otro día, durante unos instantes, el ciego le había revelado el secreto de su vida.

Y su despecho era grande al verle retroceder bruscamente cuando ella avanzaba hacia él.

Porque Andrea avanzaba... con un impulso mal contenido y estimulado todavía por la defensa obstinada de aquel hombre que no quería comprender las cosas.

Cuando Noel cedía el puesto á su hermano, Andrea no podía decirle: «Quédese usted, porque es á usted á quien me gusta hablar y á quien prefiero escuchar.»

Y mientras tanto Mauricio invadía la casa de un estrépito que su madre encontraba encantador, sin sospechar, en su candor maternal, que aquello pudiera no ser de una seducción irresistible.

La buena señora preguntaba á cada momento á Andrea:

— ¿Es guapo, verdad, este loco?

Y la joven tenía que responder: «Sí.»

Aquella afirmación de Andrea sonaba como un toque fúnebre en el corazón de Noel, siempre en acecho.

Hasta el momento en que ya no pudo resistir más.

* * *

¿Fue que sus fuerzas hicieron traición á su voluntad en aquella triste tarde? ¿Fue la locura que acababan de producirle unas palabras más familiares, más insinuantes de su hermano á la mujer cuyas cejas no podía el ciego ver fruncirse ante aquel ataque un poco más vivo? ¿Fue la tempestad que se estaba levantando en el Esterel desde aquella mañana, y que había acumulado enormes y sombrías nubes en las cimas rojizas de la montaña? ¿Fue el aire abrasador de la tormenta y la electricidad acumulada en la tierra?

Noel no pudo dominarse por más tiempo.

Y levantándose bruscamente de su butaca, se fué á coger del sitio acostumbrado su sombrero de anchas alas y su cayado de regatón de hierro.

— ¿Adónde vas?, le preguntó Mauricio.

— Voy á salir.

Y sin dar más respuesta, empujó violentamente la puerta que daba al cobertizo, en el momento en que algunas gruesas gotas de lluvia atravesaban la techumbre de cañas y se dibujaban en las losas.

— Pero va á llover y mamá se va á poner inquieta cuando le digamos que has salido.

Noel no respondió.

Y con su paso incierto y mucho más pesado que de ordinario, bajó la escalinata, tomó, con la cabeza baja, la calle de mimosas y abrió la puerta del camino.

Y mientras allá, en la punta del cabo Roux, un relámpago desgarraba las nubes prontas á invadir todo el cielo, el ciego echó á andar por el camino presentando su frente á la tempestad.

Aquel relámpago deslumbró á todas las personas de la Casa Blanca.

— ¡Qué horrible tormenta!, exclamó Andrea.

Y por un movimiento instintivo salió al cobertizo.

¿Adónde iba Noel?

El ciego llegaba entonces al bosquecillo que precede al promontorio escarpado en que se levanta el castillo de Agay, y donde la piedad de algún marino

ha elevado un monumento funerario sin inscripción, cada vez más corroído por los golpes de mar.

En aquel momento las gotas de lluvia caían más frecuentes y más espesas en las losas.

Aquel rayo había abierto las nubes cargadas de lluvia, y el aguacero iba á caer.

Ese viento impetuoso que precede á los chaparrones y que sopla en torbellino de todos lados á la vez, empezó á barrer las altas cimas de los pinos y de los eucaliptos.

Y Andrea, que veía á Noel desaparecer en la espesura y que había visto hacía un momento — y en esto no podía engañarse — pasar la locura por aquella frente, por aquellos ojos hinchados y por la contracción convulsiva de sus pálidos labios; Andrea, á quien ponían nerviosa la actitud de Mauricio y la influencia de la tempestad, dió unos pasos por el camino, exponiéndose completamente á la lluvia.

— Pero entre usted, Andrea, se va usted á mojar, dijo Mauricio.

— ¿Y su hermano de usted?

— Mi hermano está acostumbrado.

— Pues bien, yo quiero acostumbrarme.

— Entonces, nos acostumbraremos juntos.

La joven le contuvo con un ademán resuelto, subrayado por una mirada que no tenía réplica.

— No, se lo ruego, déjeme usted sola.

— Pero... ¿por qué?, dijo Mauricio asombrado.

— No lo sé... Pero se lo ruego.

— ¡La soledad durante la tormenta!, dijo Mauricio riéndose.

— Sí, eso es.

Y Andrea añadió con una exasperación que no trataba siquiera de disimular:

— Voy á disfrutarla á mi gusto. Hasta luego, Mauricio.

— Ya sabe usted que encontrará un buen fuego cuando regrese de contemplar la naturaleza encolerizada...

Y el joven se volvió á la casa y se puso á tocar en el piano un vals de moda, brillante y vulgar, que llegaba hasta la cocina y que hizo exclamar á la hija de Mario:

— De seguro es el Sr. Mauricio el que toca. Ese lo hace mejor que todos. Cuando le oigo, me da gana de bailar delante de los puchereros...

Andrea, expuesta al aguacero, se dirigió al sitio por donde había visto desaparecer á Noel.

Sí, por allí había pasado, pues se veían sus huellas á través de las matas del campo, que formaban una masa compacta por todas partes, menos por el sitio por donde había pisado el ciego.

La joven se lanzó á su vez por aquel sendero, mientras la lluvia azotaba su cara y pegaba á su frente los mechones húmedos de sus cabellos.

Pero aún no le veía y Andrea siguió avanzando.

La espesura se había quedado atrás, y Andrea llegó á los pinos seculares cuya sombra impide que crezcan en torno suyo más que algunas ramas de mirtos y de lentiscos.

Y en aquella rojiza columnata de troncos tortuosos, Andrea siguió sin ver nada..., nada todavía.

¿Dónde estaba Noel?

A algunos pasos estaba ya el promontorio que hunde sus rocas en la rada.

¡Si aquel imprudente había avanzado!.. ¡Ah! ¡Eso sería la muerte para él!..

Y Andrea se detuvo horrorizada, cuando de pronto oyó unos gemidos ahogados y vió una forma humana arrodillada junto á la columna fúnebre que azotaban las ondas como si quisieran arrebatlarla.

¿Era él!

¿Cómo había sabido llegar hasta allí? ¿Le había detenido y hecho caer aquel obstáculo? ¿Quién sabe!.. Pero Noel no trataba de levantarse y permanecía allí donde había caído. Y en la obscuridad de sus ojos, en aquella soledad que él creía profunda y completa, el ciego daba rienda suelta á la tempestad de su corazón desesperado.

Para aquel hombre desgraciado era un atroz, pero incomparable alivio, el sollozar y gritar sin contenerse.

Y el pobre ciego, que no vivía más que para saborear apasionadamente su suplicio, no oyó rechinar las hojas de los pinos bajo los pasos de la que llegaba.

Andrea pudo así llegar hasta él é inclinarse, enloquecida, hasta acercar á su oído los pálidos labios.

Y el ciego prorrumpió en un grito de espanto cuando oyó que aquella voz apenas perceptible le decía:

— ¡Noel!..

— ¡Usted! ¡Usted!.. ¡Oh! ¡Déjeme!

Y al extender una mano para alejar de sí aquella engañadora atracción que nunca sería más que una tortura, la joven se apoderó de ella y la estrechó entre sus manecitas trémulas.

- Noel... ¿Por qué me rechaza usted?... Soy su amiga...

Pero como si esta palabra «amiga» le hiciera perder toda razón, Noel respondió:

- ¡Guarde usted su amistad!.. ¡No la quiero! ¡Es demasiado cruel para mí!..

Y exaltándose más con sus propias palabras, siguió diciendo:

- Esa amistad me inspira odio..., porque sólo se dirige á una criatura que sufre y á quien se compadece... No quiero su lástima, no quiero la limosna que usted me arroja... Esa lástima me exaspera y me mata, porque me recuerda que estoy condenado sin remedio... ¡Ah! ¡Por piedad también, guárdese la, libreme usted de ella! ¡Déjeme usted al menos huir del suplicio que me producen los dichosos, los que no inspiran lástima, los que pueden ser amados y no compadecidos!

Andrea respondió, apretando obstinadamente aquella mano que quería escaparse á su presión:

- ¡No quiere usted mi amistad!.. ¿Qué quiere usted de mí?..

- ¡Nada!.. No quiero nada, no pido nada, no estoy todavía completamente loco, y con el ligero resplandor de razón que me queda, me juzgo y me condeno... No, no pido nada, porque sé que nada puedo obtener...

- ¿Y si yo quiero darle lo que desea y su orgullo le impide pedirme?... ¿Y si olvido que soy una mujer, para decirle la primera lo que usted debía ya haberme dicho?... ¡Orgullosos!.. ¡Cruel!..

¡Ah! Noel dió un grito, pero no fué todavía el de entusiasmo que Andrea esperaba. El joven no podía creer aún aquella dicha inesperada. No estaba preparado para la alegría divina que se le dejaba entrever. ¡Dios de misericordia! Si le esperase una abominable decepción...

Y con una angustia de agonía y los ojos desmesuradamente abiertos, como si tratasen de traspasar una vez más las tinieblas que los habían invadido, exclamó:

- ¿Qué ha dicho usted?... ¡Ah! ¡Está usted jugando con mi vida!.. ¡No me entreabra el paraíso para cerrármelo después!

- He dicho, repitió Andrea con su voz apenas perceptible, que puesto que usted se aleja de mí, he tenido que venir á usted. He dicho..., que puesto que usted se obstina en su frío silencio, ha sido preciso... ¡Ah! Noel... Ayúdeme usted ahora, si cree que he hablado bastante para hacerme comprender y si tiene lástima de mi confusión... No soy yo la que debe continuar..., sino usted.

- ¡Ciego!, murmuró Noel temblando.

Y aquella palabra, que era el terror del pobre joven, afirmó la resolución de Andrea.

- Sí, ciego, puesto que me ha desconocido usted y me ha rechazado hace un instante... Ciego, por no haber querido ver lo que los ojos de su alma hubieran debido decirle...

La voz de Andrea se quebró en un sollozo de ternura... y acaso de impaciencia..., y Noel, de un modo brusco, casi brutal, cogió entre sus manos aquella cabeza que no se esquivaba, que no resistía...

Y aquellas manos extasiadas se volvieron tímidas al contacto del cabello sedoso de Andrea, mojado por la lluvia que entonces cesaba, y pasearon por él una caricia suave, casi inmaterial.

La tempestad no rugía en la montaña y un rayo de sol atravesó la bruma para rodear las caras de los jóvenes con una aureola de luz y de calor.

- Andrea..., balbuceó Noel, si esto es lástima todavía, es una lástima divina... ¡Andrea! ¡Andrea adorada!..

La joven respondió en voz cada vez más baja:

- No, no es lástima... No quiero que repita usted nunca esa palabra...

Noel, entonces, la cogió en sus brazos, en plena embriaguez y con un entusiasmo que resucitaba su juventud al delicioso contacto de aquel cuerpo que se abandonaba, suave y tibio, á su caricia ferviente.

Y en aquella cara, ahora fría como si toda la sangre hubiera afluído al corazón, Noel, embriagado por el perfume delicioso y conocido de aquellos cabellos, imprimió al azar de sus tinieblas un beso apasionado que reunió sus labios en un contacto brusco é interminable.

Andrea fué entonces la que se substrajo á esa enloquecedora caricia, iniciadora de un mundo de sensaciones desconocidas é inesperadas que nunca había sospechado al lado de Julián de Pontarede.

- ¡Noel!.. ¡Por Dios!

Y el ciego, dócil, respondió en seguida:

- ¡Alma mía!.. No me ruegue usted... Mándeme y mi mayor gusto será obedecerla siempre, siempre...

Decididamente, la tormenta había terminado.

El sol brillaba radiante y apenas brillaban algunas perlas temblorosas en las hojas de los pinos, ya oreados. En aquel maravilloso país los aguaceros no hacen más que poner más brillante el verdor del ramaje, y la lluvia, en cuanto cesa, es absorbida por el polvo de pórvido sin dejar la más pequeña humedad.

Los dos jóvenes se sentaron al pie de la columna elevada á un culto desconocido y hablaron deliciosamente, pues el éxtasis más divino no es interminable, y gusta, después de él, hablar razonablemente, cuando la razón se aviene bien con la loca ternura.

Y Andrea fué la que representó la previsora razón en aquel dúo de enamorados.

- Ahora, querido amigo, y antes de que volvamos á la Casa Blanca á asombrar á su madre de usted...

- A encantarla...

- Y á asombrar también á Mauricio, pero á encantarle un poco menos...

- ¡Pobre Mauricio!

- No, dijo Andrea riendo, no hay que compadecerle y va usted á saber por qué.

Y añadió poniéndose seria:

- Ha llegado el momento de las confidencias y de las confesiones...

- ¿Confesiones?... dijo el ciego tratando de sonreír á su vez, aunque penosamente.

- Confesiones, sí. No tenga usted tanto miedo, cobardón.

Y al ver en Noel un ademán de protesta, siguió diciendo:

- Bien sabe usted que no tiene el arte de disimular y por eso le amo.

- ¿Me ama usted, pues, un poco?

- Más de lo que usted merece, incrédulo.

- Siga usted, vida mía..., querida...

- No encontrará usted la palabra que debe añadir y voy á decírsela yo: querida prima.

- ¿Cómo?

- Lo que quiere decir, querido primo - y me apresuro á dar á usted este nombre, puesto que ha encontrado el medio de cambiarle pronto por otro, - que está usted á punto de casarse con Andrea de Reversay, la cual no se siente en modo alguno desconsolada por ello.

- ¡Andrea de Reversay!, murmuró Noel palideciendo. ¡La hija de!..

- De Francisco de Reversay, un primo á quien usted no quiere mucho. Pero ya encontraremos medio para arreglar este asunto. Desde Romeo y Julieta, no seremos los primeros que hayan pacificado sus familias, querido primo.

- Pero, entonces, ¿por qué?..

- Confiese usted que hubiera recibido muy mal á esa prima Capuleto que llegaba sin decir allá voy, y que en el momento en que una gran pena iba á separarla, acaso para siempre, de su padre, tenía un atroz deseo de conocer á su familia, la única que le quedaba. Confiese usted, primo, que su acogida hubiera sido más que fría.

- Pero... yo..., nosotros...

- Bien. Por confesado. Yo, por mi parte, no sabía qué hacer. Ustedes podían muy bien no agradecerme y entonces pensaba: «Si no se establece decididamente la simpatía, me iré por donde he venido y no llevaré más allá la aventura...» Su madre de usted ha sido tan encantadora... y usted ha sabido de tal modo apoderarse de mi cariño...

- ¡Ah! Si fuera verdad...

- ¡Este hombre no tendrá nunca fel!.. Entonces usted cree que al empezar por salvarme la vida...

- No fuí yo, Andrea, fué Mario...

- Pues no es á él á quien guardo un reconocimiento tan tierno, que no puede usted figurarse de qué dulzura está lleno.

- ¡Oh! ¡Hable usted!.. ¡Hable usted!..

- Cree usted también que al darme esa otra prueba, esa prueba heroica... ¡Oh! Noel..., esa prueba loca, de un carño sin límites... Cree usted que martirizándose durante un mes con una tortura de todos los momentos, sólo para verme unos instantes...

- No, Andrea, tampoco en eso tengo mérito alguno. No lo he hecho por usted, sino por mí, por mí solo, por alcanzar la única dicha que podía pretender y de la que nadie en el mundo podía privarme.

- Sin embargo, Noel, ese día mi corazón, que no era todavía de usted, sintió que iba á pertenecerle. Porque es preciso también que lo sepa; en ese corazón había otra imagen.

- ¡Oh!, exclamó Noel con voz alterada.

- No, no vuelva usted á tener miedo... Por lo menos había sido solicitada por alguien que me

agradaba..., que me agradaba mucho... Puede ser - ¡oh, Noel!, me hace usted decir cosas horribles, - puede ser que aquella simpatía no fuese..., ¿cómo decirlo?... no fuese semejante á la que después sentí por usted.

- ¿Es cierto?..

- Sí, Noel, es cierto. Las jóvenes se equivocan fácilmente y su excusa está en que no lo sospechan.

- Y ese joven...

- He renunciado á él.

- ¿Por qué?

Andrea había tenido tiempo de prepararse para esa pregunta y respondió sin vacilar y con sinceridad, pues la de las mujeres, cuando cuentan el pasado, es sencillamente el reflejo de su sentimiento actual:

- Porque me dí cuenta á tiempo de que no sentía por él la misma simpatía que experimento ahora por usted, Noel.

- ¿Y entonces?..

- Como á mí me gustan las situaciones claras y vi que me había engañado, ¿qué debía hacer? Arrancar inmediatamente toda esperanza al hombre de quien yo no tenía valor para ser más que amiga..., esa amiga, Noel, cuya perspectiva le horrorizaba á usted hace un momento.

- ¿Y él?..

- Sabe usted mejor que yo cómo tomó el suceso, puesto que se lo escribió un día. Es el Sr. Pontarede.

- ¡Julián!

- Ya ve usted que no puede temerle, puesto que ha orientado ya su vida.

- ¡Julián!.., repitió Noel. Julián, que nunca ha podido comprender el porqué de aquella inexplicable ruptura...

- ¿Podía yo darle la razón que usted conoce? ¿Podía decirle que no había encontrado en él?..

¡Ah! Esta vez Andrea vaciló, porque iba á decir lo que no era cierto, mientras que el secreto que debía guardar siempre, el secreto que había cambiado su vida, le subía del corazón á los labios como si la ahogase.

Pero, felizmente, Noel no supo interpretar aquella vacilación y aquel silencio, pues dijo:

- No hablemos más de eso, querida mía, ¿quiere usted? No hablemos de eso jamás.

- Bueno, dijo Andrea sintiéndose aliviada de un gran peso; pero sí tenemos mucho que hablar de su primo Capuleto.

- Hablemos, respondió Noel con graciosa sonrisa.

- Es casi la verdad lo que conté aquí al llegar. Mi padre no se había vuelto á casar, pero se disponía á hacerlo con una mujer que hubiera hecho su desgracia y la de todos.

- ¿Y hoy?..

- En el momento de realizar lo que puedo llamar una locura, mi padre fué testigo de la indignidad de aquella mujer, que era rusa y llevaba muy mal un hermoso nombre. Aquello fué para él un golpe terrible que por poco le mata. Y entonces, nuestro notario me puso un telegrama...

- Que le hizo á usted salir de aquí...

- Sí. Mi pobre padre no se repondrá jamás de su ataque. Pero ha vuelto á ser para mí el bueno y cariñoso amigo que tan tiernamente me amaba cuando era yo una niña... Cuando nuestra reconciliación se ha firmado en aquellas mejillas enfermas; cuando hemos vuelto á hablarnos con el corazón en la mano como antes de la invasión de las condesas rusas, le he contado, un poco vagamente aún, los proyectos que empezaban á precisarse en mi cabeza, y él los ha aprobado... Bien sabe usted el origen de nuestra fortuna. Hortensia de la Croix d'Arbel la legó á su primo Reversay, que no tenía derecho alguno, desheredando á su sobrina Magdaleña, que debía sucederla regularmente.

- Pero esas son tan viejas historias...

- Son fermentos de odio arrojados entre los que hubieran debido amarse y que nunca me han satisfecho. Confieso á usted que en la pena que me causaba el que se disponía á hacerme mi casa imposible, vine á refugiarme aquí al azar, para vez si había algún medio, que entonces no podía sospechar, de arreglar esas cosas mal establecidas y de reparar un poco... Usted, Noel, me ha hecho encontrar ese medio, el mejor de todos.

- ¡Oh! Adorada mía, balbuceó el ciego.

Y Andrea prosiguió prontamente:

- Ya sabe usted toda la historia. ¿Quiere usted, querido Noel, hacer dichosa, enteramente dichosa, á su Andrea?

- ¡Hable usted! ¿Cómo?

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Pronóstico de las tempestades por el tubo cohesor de Branly. — Transmisión automática y sin hilos de los avisos de incendios por la combinación del aparato Guarini con los termómetros de alarma. — Horno «ideal» de cocina. — Aparato automático para la calefacción del aire y carga de carbón en el hogar de las calderas de vapor. — Extracción de la resina de los pinos en las Landas (Francia).

La telegrafía sin hilos está llamada a resolver problemas muy distintos del que motivó su reciente descubrimiento. Uno de los más importantes, por



Fig. 1. — Parque de bomberos de Londres
Oficina de los aparatos de la telegrafía sin hilos

sus trascendentales consecuencias, es el de los vaticinios meteorológicos, hoy, en parte, resuelto por las ondas hertzianas.

Así como el electro-radiófono de M. T. Tommasina, inventado hace dos años, nos permite saber si una borrasca se aproxima a una estación determinada cuatro ó cinco horas antes de sentirse sus funestas consecuencias, el nuevo aparato inventado por M. Boggio-Lera nos las delata, con mayor antelación, por un procedimiento eminentemente práctico, basado en el principio simplificado de la telegrafía sin hilos.

En efecto: se coloca una varilla metálica ó antena en la parte más elevada del sitio donde se quiere colocar el aparato, para que reciba las ondas eléctricas engendradas por las descargas de la tempestad, las cuales pasan de la antena á los conductores, hasta llegar al aparato receptor avisador, constituido simplemente por el tubo de limaduras de hierro de Branly, descrito en estas mismas columnas en una de nuestras anteriores crónicas. El famoso tubo va intercalado en un circuito de una pila de tres elementos, que acciona un timbre de alarma.

Sabiendo que las ondas eléctricas vuelven instantáneamente conductoras las limaduras que antes no lo eran, se comprende fácilmente que si las primeras no existen, el timbre no puede funcionar por estar interrumpido el circuito; pero desde el mismo instante que llega al aparato la primera onda hertziana, procedente de las descargas atmosféricas, las limaduras se vuelven repentinamente conductoras, cerrando el circuito en que acciona el timbre de alarma.

Cuando suena la campanilla de tarde en tarde, es indicio, casi infalible, de que la tempestad se está formando á lo lejos; si los toques se repiten con frecuencia, se aproxima la borrasca; cuando sin interrupciones suena el timbre constantemente, la tormenta ha entrado en la zona de observación, y por fin, si los toques disminuyen progresivamente ó cesan en absoluto, es prueba manifiesta de que el mal tiempo se aleja ó ha pasado á otra comarca.

Con una antena de seis metros, las tempestades accionan el timbre de alarma á la distancia de 100 kilómetros.

Por este sencillo procedimiento, los Sindicatos,

las Cámaras agrícolas y todo el mundo en general podrán estar prevenidos con la anticipación bastante para poder zafarse, del mejor modo posible, de los peligros de las grandes tempestades.

La nueva aplicación Boggio-Lera del receptor de la telegrafía sin hilos hará surgir muy pronto de todas partes, como por magia, improvisados astrólogos que, cual Vicario de Zarauz, compartirán con el eminente Julio Capré el pronóstico de las próximas tormentas.

Al notable avisador de incendios «Fénix» que tan excelentes servicios está prestando á nuestra marina de guerra y por el que su ilustrado inventor D. J. Vila Fornas acaba de recibir una honrosísima recompensa en la *International Fire Exhibition de Earl's Court* (Londres), le ha salido un poderoso auxiliar, mediante el cual el citado avisador de incendios podrá anunciar á distancia, automáticamente y sin hilos, los incendios, y en general, toda elevación excesiva de temperatura que se produzca en un lugar determinado.

El nuevo invento se debe al distinguido ingeniero belga M. Emile Guarini, quien substituye el timbre del avisador de incendios por un transmisor automático de la telegrafía sin hilos, accionado por el termómetro de contactos de tal suerte, que cuando la temperatura alcanza un grado determinado se cierra el circuito, en el cual va intercalado un electro-imán que dispara un aparato de relojería provisto de una rueda de transmisión que por medio de los puntos y líneas correspondientes á los diversos signos del alfabeto Morse, transmite por el roce de una escobilla y una bobina de inducción ondulaciones largas ó cortas á la estación receptora (un parque de bomberos, por ejemplo, fig. 1) las señas del lugar del siniestro, contenidas en la superficie circular exterior de la rueda del transmisor automático.

El aparato receptor consta de un cohesor ordinario de la telegrafía sin hilos intercalado en el circuito de una pila, unido á un aparato Morse y á su correspondiente antena.

El cuerpo de bomberos de Londres, que goza de justificada fama por la buena organización de su servicio de incendios, después de brillantes ensayos efectuados entre el barrio Streatham y la calle Firevan, dos puntos separados por una distancia de unos 800 metros; acaba de instalar en sus oficinas los aparatos de la telegrafía sin hilos para comunicarse entre sí los diversos parques de bomberos y poder recibir á la vez los avisos de incendios transmitidos por particulares ó por aparatos automáticos.

El nuevo invento de M. Guarini afianzará una vez más el brillante porvenir de los avisadores de incendios que, cual el «Fénix», tienen desde hace tiempo su fama acreditada.

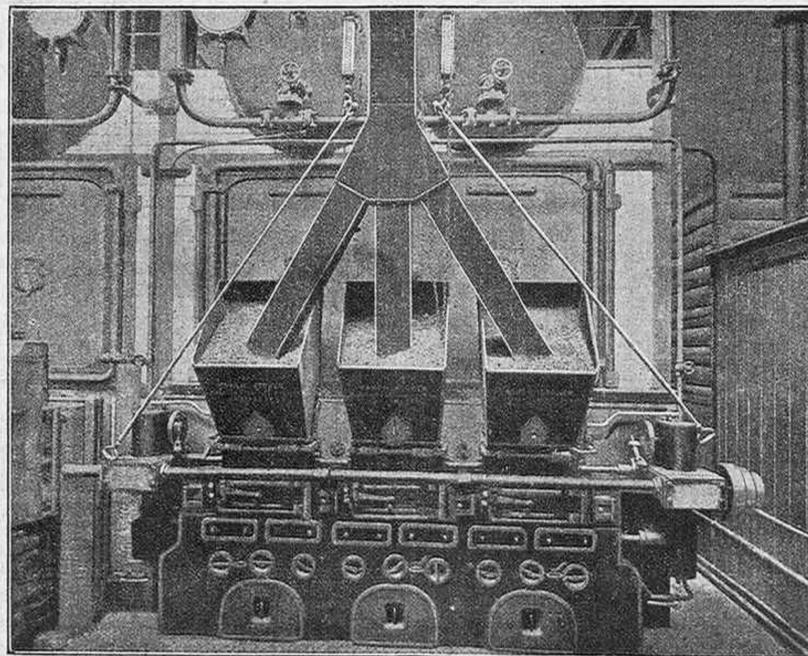


Fig. 3. — Fogonero automático

Las condiciones ideales que debe reunir toda cocina económica pueden resumirse de este modo: el horno, sin ser complicado, debe realizar una considerable economía de combustible y no debe despedir mal olor ni óxido de carbono (tufo) para no ofrecer peligro de asfixia.

Todas estas condiciones se encuentran reunidas en el nuevo sistema de horno ideal de cocina que acaba de construir un práctico de talento, M. Philippon.

En efecto, si examinamos la figura 2 veremos que

gracias á un colador especial (1, 2, 3) de forma cónica para eliminar los productos de la combustión, una sola cocina de reducidas dimensiones

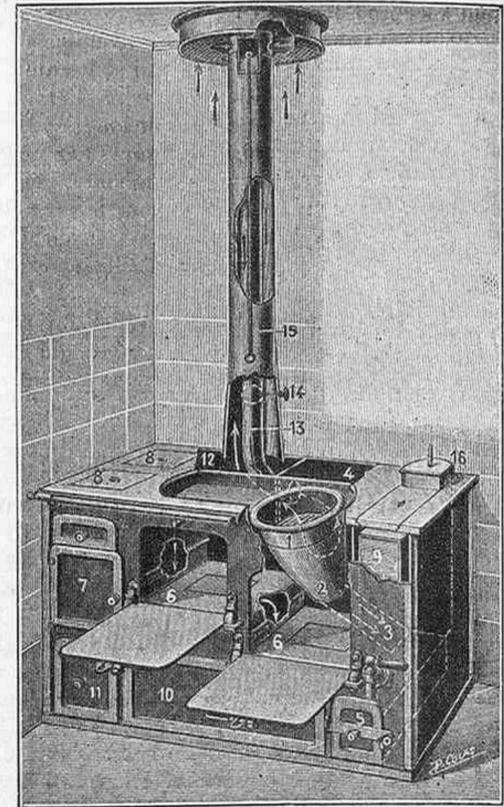


Fig. 2. — Horno ideal de cocina

puede reunir tres ó más hornos (6, 6 y 7), cuyas cenizas van á parar á los depósitos (5, 10 y 11).

En segundo lugar, el calor irradiado por el hogar se aprovecha en su totalidad y el aire indispensable para la combustión es calentado previamente por el tubo 15 antes de penetrar en la cámara de aire 4 que alimenta la combustión, de donde resulta una considerable economía de combustible.

En tercer lugar, las capas de aire de la parte superior de la cocina son arrastradas en el sentido de las flechas, desapareciendo por completo el tufo que el horno pudiera despedir.

Finalmente, la marcha del horno se regulariza por medio de una válvula (14) colocada en el tubo de aire (13).

La citada cocina representa un gran progreso en los dominios de la higiene doméstica.

Los industriales se ven precisados á introducir constantemente en sus máquinas nuevos perfeccionamientos que les permitan disminuir el precio de coste de sus manufacturas para poder luchar económicamente con la competencia exterior.

Uno de los perfeccionamientos más importantes radica en las calderas, mejor dicho, en la acertada instalación de las mismas sobre un hogar que aproveche el máximo de calor con el mínimo de combustible.

Las condiciones que debe reunir un buen hogar de caldera son las siguientes: admisión de la cantidad de aire justa y necesaria para consumir todo el carbón suprimiendo el humo; este aire debe hallarse previamente calentado á elevada temperatura, y la escasa separación de los barrotos de la rejilla del hogar para evitar la pérdida de combustible, que por pequeñas cantidades y con gran frecuencia hay que irlo reponiendo.

Todas las expresadas condiciones se obtienen mediante el aparato Meldrum para la calefacción automática y carga mecánica de calderas (fig. 3).

Consiste el indicado aparato en una ó más tolvas colocadas delante de la caldera, que reciben el carbón por conductos colocados en su parte superior. Una rosca sin fin, situada en la base de las tolvas y accionada por un pequeño motor eléctrico, distribuye continuamente, por pequeñas cantidades, el carbón en el hogar, que por este procedimiento consume de 136 á 172 kilogramos de carbón por metro cuadrado de superficie y por hora: entonces

la caldera produce nueve kilogramos de vapor por kilo de carbón gastado. Los antiguos hogares producían por igual consumo siete kilos de vapor: la economía es, pues, evidente.

El mismo aparato regula la entrada del aire que, gracias á una disposición especial de varios insufladores, llega á los hogares previamente calentado á elevada temperatura. El tal aparato viene á ser un *fogonero automático*.

La notable economía de tiempo y de combustible obtenida con el aparato Meldrum se ha comprobado prácticamente aplicándolo á las calderas Babcock y Wilcox en la fábrica de electricidad de Bristol.

Hoy, que los carbones minerales alcanzan precios fabulosos, la invención de este aparato no puede ser más oportuna.

El pino es indudablemente uno de los árboles más útiles al hombre. Sus numerosas especies crecen en las regiones templadas y frías del hemisferio Norte, desde la zona litoral hasta los límites más elevados de la vegetación; una de ellas, el pino marítimo, prospera en los terrenos más ingratos, sobre calizas, granitos, cuarcitos, areniscas gneis y serpentinas, y en algunos territorios, como en las Landas francesas, ha sido un elemento poderoso de saneamiento, pues gracias á las grandes plantaciones que de él se han hecho han desaparecido las fiebres que eran consecuencia de la estancación y evaporación de las aguas, y además ha dado firmeza á las colinas de arena móviles que antes avanzaban de 20 á 25 metros cada año.

La madera del pino marítimo se utiliza especialmente para construcciones navales; su corteza se emplea como curtiente en varios países; sus hojas sirven de pasto al ganado en los inviernos de mucha nieve; de sus tocones se sacan excelentes teas, y en algunos puntos se aprovechan sus piñones como alimento para las aves.

Pero la principal riqueza que de este árbol se ex-



Fig. 4. - Extracción de la resina de los pinos

trae son los productos resinosos. Cuando el pino ha alcanzado cierta altura, se corta, á partir de algunos centímetros del suelo y en los árboles apropiados, una banda de corteza de 12 centímetros de anchura por 30 de altura próximamente, abriendo en la parte descubierta una incisión de algunos milímetros

de profundidad y colocando debajo de ella una vasija cualquiera, destinada á recoger el producto exsudado (fig. 4). Esta operación que en nuestro país se designa con el nombre de sangrar los pinos, se practica en la primavera, y la recolección del producto continúa durante todo el verano, hasta bien entrado el mes de octubre, época en que cesa de fluir la trementina. Cuando de las incisiones hechas en un principio deja de fluir la materia semilíquida, se repite el sangrado un poco más arriba del tronco y se continúa de este modo hasta llegar á una altura de cinco metros, próximamente.

La trementina bruta, procedente de reunir la contenida en las diversas vasijas, es siempre bastante impura, pues va mezclada con fragmentos de leño y de corteza y con las hojas que el viento arranca; para privarla de estas impurezas se la expone al sol, ó se la calienta mediante el vapor de agua, para decantar luego la parte fundida, ó se la liquida en grandes calderas y se la filtra por filtros de paja; en este último caso los filtros inútiles quedan impregnados de trementina, se aprovechan quemándolos en hoyos practicados en el suelo con objeto de que el calor desprendido en la combustión incompleta funda la resina que, reuniéndose en la parte inferior, constituye lo que en el comercio se conoce con el nombre de pez negra.

Siguiendo este método se calcula que un pino, cuya vida es por término medio de setenta y cinco años, produce anualmente unos cuatro kilogramos de trementina.

Asimismo quemando en hornos los troncos de pino partidos en pedazos se obtiene alquitrán y carbón.

De él se saca también el aceite piroliginoso ó vinagre de madera.

Véase, pues, con cuánta razón hemos dicho al principio que el pino es uno de los árboles más útiles al hombre, lo cual justifica estas líneas que le dedicamos.

AL'LER-WILL.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES de la PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA. **NESTLE** **NIÑOS y ANCIANOS.** Contiene la Leche pura de Suiza.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Exigir la Firma **WLINSI**. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LECHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. **HEMOSTÁTICA** PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

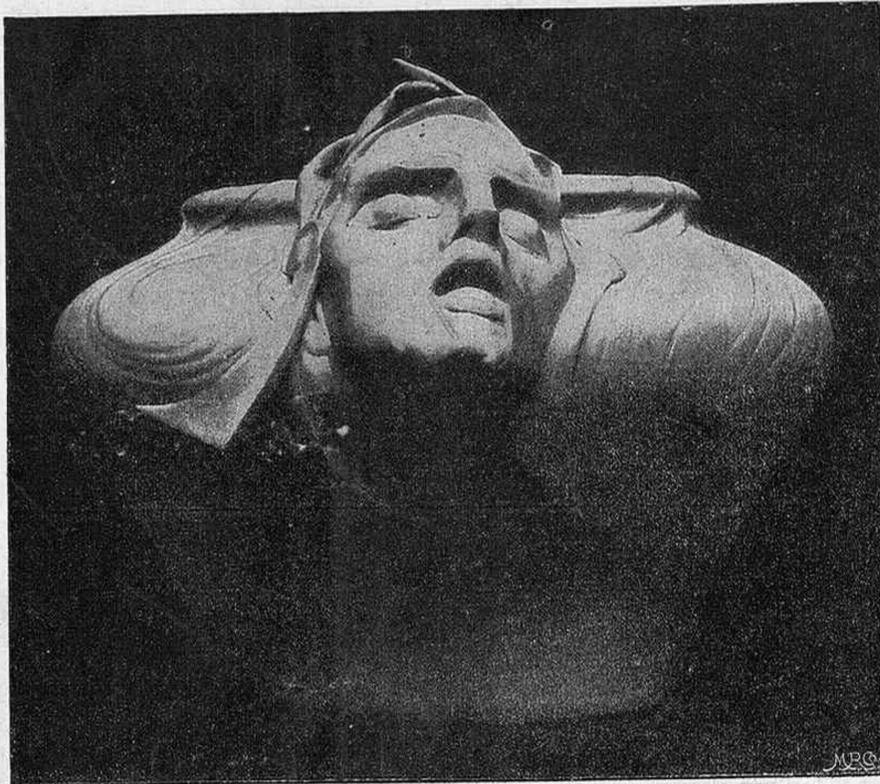
LA UNIÓN DE LOS JÓVENES, por E. Ibsen. - Traducida por D. A. Palau y Dulcet, se ha publicado esta obra, comedia en cinco actos, del famoso dramaturgo noruego, que forma parte de la colección económica que con el título de Teatro Antiguo y Moderno edita el conocido editor barcelonés D. Antonio López. Precio, una peseta.

MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE GUATEMALA Á LA ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE EN SUS SESIONES DE 1903. - Documento leído ante la Asamblea convocada para la reforma del artículo 65 de la Constitución guatemalteca, notable por la sobriedad y sobre todo por la elevación de miras en que está inspirado. Impreso en la Tipografía Nacional de Guatemala.

INVOCACIÓN, por Luis Reyna Almandos. - Poesía premiada en el certamen histórico-literario organizado por la Dirección de la Biblioteca Pública de la Plata (República Argentina.)

LUIS LAMBERT. - LOS DESTERRADOS. - SERAFITA, por H. de Balzac. - Estas tres preciosas novelas del gran escritor francés, muy correctamente traducidas por D. Torcuato Tasso, forman el tomo recientemente publicado de la biblioteca económica de obras de Balzac que con tanto éxito publica en Barcelona D. Luis Tasso. Precio, una peseta en rústica y 1'50 encuadernado.

NOTAS AL CASTELLANO EN LA ARGENTINA, por R. Monner Sans. - Volver por los fueros del idioma castellano, tan corrompido en la Argentina y por lo general en toda la América que un día fué española; señalar los barbarismos, los neologismos no justificados, en suma todos los vicios filológicos y gramaticales que en aquellos países han adulterado la lengua hispana, tal es el propósito que ha movido á nuestro estimado amigo y colaborador Sr. Monner y Sans á publicar el libro que nos ocupa. Y si el propósito es altamente noble y por todo extremo laudable, la manera como lo ha realizado no es menos digna de elogio. Después de una introducción llena de sana y bien intencionada doctrina, va el autor enumerando por orden alfabético las palabras abusivamente em-



URNA CINERARIA, obra de Francisco Metzner (De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration», que edita Alejo Koch en Darmstadt)

pleadas, no sólo por el vulgo, sino hasta por escritores argentinos, explicando las razones que obligan á rechazarlas, señalando las que en su lugar deben aplicarse é ilustrando sus razonamientos con ejemplos tomados de nuestros clásicos. En una palabra, la obra del Sr. Monner, que en buena parte también tiene aplicación en España, es un trabajo en que la teoría y la práctica se combinan y completan perfectamente, constituyendo juntas una provechosa enseñanza. El libro, que lleva un interesante y notable prólogo del Dr. Estanislao S. Zeballos, ha sido impreso en Buenos Aires, en la imprenta de Carlos Parral y se vende en la República Argentina á tres pesos (moneda nacional) y en el extranjero á un peso cincuenta centavos oro.

LA EDAD MEDIA, por Federico Schwartz. - Esta obra del distinguido catedrático de la Universidad de Granada forma parte de la Historia Universal que publica el conocido editor barcelonés D. Antonio J. Bastinos, abarca todas las etapas de la Edad Media, estudiadas dentro del espíritu moderno, es decir, dando menos importancia al hecho histórico en sí, aislado, que á lo que se llama con razón filosofía de la historia y á lo que podemos denominar alma de los pueblos y espíritu de las sociedades en los diversos tiempos y países. Es un libro completo sin ser complicado, y está escrito con claridad y sencillez y dentro de un criterio imparcial y sereno. Forma un tomo de 240 páginas, ilustrado con 129 grabados de Galofre Oller, Vázquez, S. Gómez, J. Puiggarí, Julián, Cuchy, Diéguez y Xumetra, y se vende á tres pesetas encuadernado con cubierta en oro y bistro, y á cuatro con percalina, planchas de oro y color.

SUCESOS Y NOVELAS CORTAS, por José López Portillo y Rojas. - Quince son las narraciones contenidas en este tomo, y bien puede afirmarse que en todas ellas brillan las relevantes cualidades que han valido al Sr. López Portillo la justa fama de que goza, y que ha sido consagrada por los títulos de miembro correspondiente de la Real Academia Española y de individuo de número de la Academia Mexicana. Estas cualidades brillan en el fondo y en la forma de sus trabajos, en los cuales se admira, de una parte el interés del argumento, el lógico desarrollo de la acción, el espíritu de observación con que han sido estudiados los asuntos y la verdad con que están expuestos, y de otra la sencillez y lo castizo del lenguaje. El libro ha sido impreso en México, en la imprenta de Victoriano Agüeros.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista mensual ilustra; Mercurio, revista mensual ilustrada; España Cartésila, revista mensual ilustrada; La Medicina Científica en España, revista mensual (Barcelona); La Lectura, revista mensual ilustrada; Revista Contemporánea, quincenal; La Crónica nueva, revista mensual; Gaceta de Turistas, semanal; Sol y sombra, semanario ilustrado (Madrid); Gaceta Médica de Granada, quincenal; Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón, quincenal; El Heraldo de la Rioja, diario (Logroño); El Lucero, revista ilustrada (Lima, Perú); El Trabajo, diario (Popayán, Colombia.)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS. PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES. EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL. DISPONEN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUNGOZE-ALDESPEYRES. 78, Faub. Saint-Denis. PARIS. y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION. FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION. EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS. Y LA FIRMA DELABARRE, DEL DE DELABARRE.

PUREZA DEL CUTIS. LAIT ANTÉPHELIQUE. LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès. pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES. Pone y conserva el cutis limpio y terso.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO. PASTILLAS y PÓLVOS. PATERSON. con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

GARGANTA VOZ y BOCA. PASTILLAS DE DETHAN. Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

PÍLDORAS BLANCARD. con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD. con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD. con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

REMEDIO DE ABISINIA. EXIBARD. SOBERANO CONTRA CATARRO - ASMA - OPRESIÓN. 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata. Todas Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA. EDICIÓN ILUSTRADA. á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas. Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. A. ontaner y Simón, editores.

AVISO Á LAS SENORAS. EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE. CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS. F^{ca} G. SEGUIN - PARIS. 165, Rue St-Honoré, 165. Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS. ANEMIA, CALENTURAS, etc. QUINA-LAROCHE. EL MISMO FERRUGINOSO. Premio de 16.600 francos. EL MISMO FOSFATADO. Siete Medallas de ORO. Paris, 20 et 22, Rue Drouot y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

INFLUENZA. ANEMIA. RACHITIS. CLOROSIS. VINO AROUD. CARNE-QUINA-HIERRO. El más poderoso Regenerador.

PATÉ ÉPILATOIRE DUSSEY. destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIYORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN